

Molière
El avaro



selección doce uvas

RIALP

MOLIÈRE

El avaro

Introducción, traducción y notas de
RAFAEL GÓMEZ PÉREZ

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2019 de la versión castellana traducida
por RAFAEL GÓMEZ PÉREZ
by EDICIONES RIALP, S. A.,
Colombia 63, 8.º A, 28016 Madrid
(www.rialp.com)

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN (versión impresa): 978-84-321-5115-2
ISBN (versión digital): 978-84-321-5116-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

EL AVARO

ACTO I

ACTO II

ACTO III

ACTO IV

ACTO V

MOLIÈRE

INTRODUCCIÓN

El hombre y el autor

JEAN-BAPTISTE POQUELIN, LLAMADO MOLIÈRE, nació en París el 15 de enero de 1622 y murió en la misma ciudad el 17 de febrero de 1673, a los cincuenta y un años. Considerado el mejor comediógrafo francés y uno de los mejores del mundo, sus obras más logradas se siguen representando con mucha frecuencia.

Hijo del tapicero real Jean Poquelin y de Marie Cressé, en 1633, a los once años, entró en el Collège de Clermont, jesuita (un año antes había muerto su madre). A los veinte años, en 1642, licenciado por la facultad de Derecho de Orleans, se ocupó del negocio de su padre, pero su pasión era el teatro. En 1643 firmó con los Béjart, una familia de comediantes, el acta de constitución del “Illustre Théâtre”. Un año después ya lo dirige y empieza a utilizar el pseudónimo de Molière.

Abandona París en 1645, fecha de su primera comedia conocida, *El médico volador* (Molière fue siempre muy duro en la crítica a los médicos) y trabaja como actor en compañía de provincias. Cinco años más tarde retoma la dirección del teatro. Hasta 1658 no aparecieron las primeras comedias, *El atolondrado o los contratiempos*, escrita en 1655, y *El despecho amoroso*, farsas bien construidas pero lejanas aún de lo que haría años más tarde.

Representando una farsa ante Luis XIV, divierte tanto al rey que este decide proteger la compañía y le facilita el Petit-Bourbon, una bella casa parisina a orillas del Sena, que servirá como teatro. Con el favor real, Molière se crece. Crítico en no pocos temas sociales, era un fiel servidor de la voluntad de Luis XIV. Al rey le gustó *Las preciosas ridículas*, de 1659, y aumentó su ayuda a Molière. Cuando el Petit-Bourbon fue destruido para ampliar el Louvre, Luis XIV les destinó una nueva sede en el Palacio Real.

A los cuarenta años, se casó con Armande Béjart, hermana de Madeleine, el alma de la compañía de teatro. Ese año, 1662, estrena *La escuela de las mujeres*, su primera obra bien conseguida, muy aplaudida por unos pero criticada por quienes, en la Francia de entonces, consideraban el teatro como una escuela de vicios. Molière contraatacó con *La crítica de la escuela de las mujeres* y el *Impromptu de Versailles*.

El favor del rey aumentó y en 1664 se le nombró director de las diversiones de la Corte. Ese mismo año su mujer dio a luz a un hijo, apadrinado por el rey, pero que falleció poco después. Escribe entonces *Tartufo*, una nueva crítica a la hipocresía de los falsos devotos. La reacción de estos fue tal que el Rey prohibió durante cinco años representar la obra.

De 1665 es su *Don Juan*, basada en *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, pero sin la profundidad teológica de esta última obra. Poco después contrajo la tuberculosis. *El misántropo*, y *El médico a palos* aumentaron su fama. De 1668 son *Anfitrión*, *George*

Dandin y El avaro. En 1671 estrena *Los enredos de Scapin*, y finalmente, *El enfermo imaginario*, un divertido análisis de la hipocondría.

Durante la cuarta representación de esta obra sufrió un fuerte ataque de hemoptisis y fue trasladado de urgencia a su domicilio, donde falleció. Según la ley francesa de aquel tiempo, los actores no podían ser inhumados en lugar sagrado, pero la viuda de Molière consiguió del rey que el difunto fuera enterrado, de noche, en la zona del cementerio destinada a los niños fallecidos antes de recibir el bautismo.

Molière no es original en los argumentos. Se basa en Aristófanes y Plauto, entre los clásicos, y en otros autores más modernos. Su maestría está en organizar la intriga, en la creación de personajes, en la crítica social, en la comicidad a veces muy hilarante. El lenguaje, sobre todo en las obras en prosa, es fresco, directo, y no pierde actualidad, salvo en detalles.

El avaro, inspirada en Plauto, es una comedia brillante, de un ingenio vivo y gran comicidad. El personaje del avaro Harpagón, que interpretaba Molière, lo llena todo. Es cierto que algunas escenas se alargan demasiado, que algunas réplicas se repiten, pero se entiende que el público quisiera ver durante más tiempo a Harpagón cayendo en sus propias trampas. Los equívocos se explotan a veces demasiado y el desenlace es abrupto y rocambolesco. Pero eso gustaba al público: una intriga enrevesada y con final feliz.

Rafael Gómez Pérez

EL AVARO

PERSONAJES

HARPAGÓN, padre de Cleante y de Elisa y enamorado de Mariana.

CLEANTE, hijo de Harpagón y enamorado de Mariana.

ELISA, hija de Harpagón, enamorada de Valerio.

VALERIO, hijo de Anselmo y enamorado de Elisa

ASELMO, padre de Valerio y de Mariana

FROSINA, mujer intrigante

MAESTRO SIMON, agente intermediario.

MAESTRO JACQUES, cocinero y cochero de Harpagón

LA FLÈCHE, criado de Cleante

DAMA CLAUDIA, sirvienta de Harpagón.

BRINDAVOINE, LA MERLUCHE, lacayos de Harpagón

EL COMISARIO y SU ESCRIBANO

La escena, en París

ACTO I

Escena I

Valerio y Elisa

VALERIO. ¿Qué ocurre, encantadora Elisa? ¿Melancólica después de las claras seguridades sobre vuestra fidelidad que habéis tenido la bondad de darme? En medio de mi gozo os veo suspirar. ¿Acaso os pesa haberme hecho feliz? ¿Os arrepentís de este compromiso? ¿Mi fogosidad os pudo contrariar?

ELISA. No, Valerio. No puedo arrepentirme de lo que he hecho por vos. Me siento arrastrada por un muy dulce poder, y no tengo la fuerza de desear que las cosas sean de otro modo. Pero, a decir verdad, estoy inquieta. Temo amaros un poco más de lo que debiera.

VALERIO. ¿Cómo podéis temer las bondades que me habéis hecho?

ELISA. Hay mil motivos: la cólera de un padre; los reproches de familia; las censuras del mundo; pero, sobre todo, Valerio, que vuestro corazón cambie y aparezca esa frialdad criminal con la que los de vuestro sexo pagan con frecuencia los testimonios demasiado ardientes de un inocente amor.

VALERIO. No me juzguéis según lo que hacen otros. Pensad de mí cualquier cosa menos que deje de cumplir lo que os debo. Os amo demasiado para eso; mi amor por vos durará lo que dure mi vida.

ELISA. Valerio, todos dicen lo mismo. Todos los hombres son semejantes en las palabras. Las acciones los descubren diferentes.

VALERIO. Si solo las acciones permiten conocer lo que somos, esperad a juzgar por ellas mi corazón y no busquéis crímenes en los injustos miedos de una previsión que no ha de cumplirse. No me matéis con los sensibles golpes de una sospecha ultrajante; dadme tiempo de convencerlos, con miles de pruebas, sobre la honestidad de mi amor.

ELISA. ¡Con qué facilidad nos dejamos persuadir por quienes amamos! Sí, Valerio, pienso que vuestro corazón es incapaz de engañarme, que me amáis con amor verdadero y que siempre me seréis fiel. No quiero dudar de nada de eso y achaco mi malestar a las aprensiones por las críticas que pueden venir.

VALERIO. ¿Por qué esa inquietud?

ELISA. Nada temería yo si todos os vieran como yo os veo. En vos encuentro razón suficiente de lo que he hecho. Para defender mi amor está vuestro mérito, apoyado en la ayuda que la aprobación del Cielo me compromete con vos. En cada momento tengo en cuenta ese asombroso peligro que comienza a presentarse en nuestra relación; esa generosidad sorprendente, que os hizo arriesgar la vida, para salvar la mía del furor de las olas; esos cuidados llenos de ternura que me prodigasteis apenas sacada del agua; y los asiduos homenajes de este ardiente amor que ni el tiempo, ni las dificultades han destruido; y que vos, olvidando patria y parientes, hayáis querido quedaros en estos lugares y poner a mi favor la fortuna que ocultáis; y que os hayáis reducido, para verme, al empleo de criado de mi padre. Todo eso causa en mí, sin duda, un maravilloso efecto; y es bastante, a mis ojos, para justificar el compromiso que he hecho. Pero no es bastante, quizá, para justificarlo ante los demás, y no estoy segura de que eso no afecte a mis sentimientos.

VALERIO. De todo lo que habéis dicho, tan solo con mi amor pretendo algo de vos; en cuanto a vuestros escrúpulos, vuestro mismo padre se cuida mucho de justificaros ante todo el mundo. El exceso de su avaricia y el modo austero en que vive con sus hijos podría hacer pensar las cosas más extrañas. Perdonadme, querida Elisa, si hablo de esto ante vos. Sabéis que en ese tema no se puede decir nada bueno. Pero, en fin, si puedo, como espero, reencontrar a mis padres, no tendremos dificultad en que el vuestro se muestre favorable. Espero con impaciencia noticias de mis padres.

ELISA. Valerio, no os mováis de aquí, os lo ruego; pensad solo en quedar bien ante mi padre.

VALERIO. Sabéis cómo me esfuerzo en eso y las hábiles complacencias que he necesitado poner en práctica para entrar a su servicio. Con una máscara de simpatía, con informes de sentimientos, me he disfrazado, para agradarle, e interpreto un personaje todos los días ante él para que consiga apreciarme. He hecho admirables progresos. Pienso que, para ganarse a la gente, la mejor vía es adornarse, ante sus ojos, de sus sentimientos; estar de acuerdo con lo que dicen; alabar sus defectos, aplaudir lo que hacen. No hay que temer excederse en el halago, porque por visible que sea, incluso los muy finos son muy engañados en cuestión de adulación. No hay nada impertinente o ridículo que no se traguen cuando seazona con una adulación. La sinceridad sufre algo en este oficio que desempeño, pero cuando se tiene necesidad de los demás es bueno ajustarse a ellos; y como solo se les puede ganar así, la culpa no es del que adula sino del que quiere ser adulado.

ELISA. ¿No intentaréis también ganáros el apoyo de mi hermano, en el caso de que la sirvienta revele nuestro secreto?

VALERIO. No es posible manejar a los dos; padre e hijo son tan diferentes que es difícil acomodar a la vez esas dos confianzas. Por vuestra parte, actuad con vuestro hermano y aprovechad de la amistad que os une para que trabaje en nuestro favor. Él viene. Me retiro. Tomad tiempo en hablarle. Y de lo nuestro no le digáis nada hasta que lo juzguéis oportuno.

ELISA. No sé si tendré la fuerza para hacerle esa confianza.

Escena II

Cleante y Elisa

CLEANTE. Me alegra encontraros sola, hermana. Deseaba hablaros para contaros un secreto.

ELISA. Estoy dispuesta a oírlos, hermano. ¿Qué tenéis que decir?

CLEANTE. Muchas cosas, hermana, envueltas en una sola palabra. Amo.

ELISA. ¿Amáis?

CLEANTE. Sí, yo amo. Pero, antes de ir más lejos, sé que dependo de un padre y que el nombre de hijo me somete a su voluntad; que no debemos comprometer nuestra palabra sin el consentimiento de quienes hemos tenido la vida; que el Cielo los ha hecho dueño de nuestras promesas y que nos es obligado no disponer de ellas sino con su permiso; que ellos, no estando sujetos a algún loco ardor, están en condiciones de equivocarse menos que nosotros y de ver mejor lo que nos conviene; que es preferible atender a las luces de su prudencia que a la ceguera de nuestra pasión; y que el arrebató de la juventud nos arrastra con frecuencia a desastrosos precipicios. Os digo todo esto, hermana, para ahorraros el trabajo de decírmelo vos, porque, en fin, mi amor no quiere oír nada y os ruego que no me regañéis.

ELISA. Hermano mío, ¿os habéis comprometido con aquella a la que amáis?

CLEANTE. No, pero estoy decidido. Y os conjuro una vez más a que no me deis razones para disuadirme.

ELISA. ¿Soy yo, mi hermano, alguien tan extraño?

CLEANTE. No, hermana, mas vos no amáis. Ignoráis la dulce violencia que un tierno amor hace a nuestros corazones; y espero de vuestra cordura...

ELISA. ¡Ay, hermano! No hablemos de mi cordura. No hay nadie que no se equivoque al menos una vez en la vida. Si yo os abriera mi corazón, quizá yo sería a vuestros ojos menos sabia que vos.

CLEANTE. Pluguiera al Cielo que vuestra alma, como la mía...

ELISA. Antes terminemos con vuestro asunto y decidme a quién amáis...

CLEANTE. Es una joven que desde hace poco vive en estos lugares y que parece estar hecha para dar amor a todos los que la ven. La naturaleza, hermana, no ha formado nada tan amable; me sentí transportado desde que la vi. Se llama Mariana y vive con su madre, ya de edad, casi siempre enferma, y por la que esa amable hija tiene inimaginables sentimientos de afecto. La sirve, la compadece y la consuela con una ternura que os tocaría el alma. Mariana da el aire más encantador del mundo a todo lo que hace y la gracia brilla en todas sus acciones: una dulzura llena de atractivos, una bondad que te cautiva, una honestidad adorable, una... ¡Ah, hermana, querría que la hubieseis visto!

ELISA. Tengo bastante con lo que decís; para entender cómo es; me es suficiente ver cómo la amáis.

CLEANTE. He sabido bajo cuerda que no son muy acomodadas y tienen dificultad, a pesar del acierto con el que miden sus gastos, para cubrir las necesidades con los pocos recursos de que disponen. Figuraos, hermana, la alegría que puede haber en mejorar la fortuna de una persona a la que se ama; en darle derechamente algunos pequeños auxilios a las modestas necesidades de una virtuosa familia. Entended mi disgusto al ver que la avaricia de un padre hace que me sea imposible disfrutar de esa alegría, de ofrecer a esa hermosura algún testimonio de mi amor.

ELISA. Sé bien, hermano, cuál debe ser vuestro disgusto.

CLEANTE. Hermana, es mayor del que podáis pensar. Porque, ¿hay algo más cruel que ese riguroso ahorro que nuestro padre ejerce sobre nosotros?, ¿qué esa sequedad rigurosa que nos hace languidecer? ¿De qué nos sirve tener bienes si nos llegará cuando ya no estemos en la bella edad en la que se goza de ellos? ¿Si incluso para mantenerme es preciso que me endeude por todos lados? ¿Si estoy reducido, con vos, a buscar cada día el socorro de los comerciantes para poder llevar unos vestidos razonables? En fin, he querido hablaros para que me ayudéis a sondear a nuestro padre sobre mis sentimientos; si lo encuentro contrario, estoy decidido a irme a otros lugares con esa amable persona, a gozar de la suerte que el Cielo quiera ofrecernos. Para eso voy a buscar en todas partes dinero en préstamo y si vuestros asuntos son semejantes a los míos, y nuestro padre se opone a nuestros deseos, lo abandonaremos los dos y nos libraremos de esta tiranía en la que su insoportable avaricia nos tiene desde hace tiempo.

ELISA. Es verdad que cada día él nos da motivos para sentir la muerte de nuestra madre, y que...

CLEANTE. Oigo su voz. Alejémonos un poco, y después juntaremos nuestras fuerzas para afrontar la dureza de su carácter.

Escena III

Harpagón y La Flèche

HARPAGÓN. Fuera de aquí ahora mismo, y no se diga más. Alejaos de mí, maestro jurado del fraude, carne de patíbulo.

LA FLÈCHE. (*Aparte*) No he visto a nadie peor que este maldito viejo y pienso, aunque decirlo no esté bien, que tiene el diablo en el cuerpo.

HARPAGÓN. Murmuras entre dientes.

LA FLÈCHE. ¿Por qué me echáis?

HARPAGÓN. Sí, a ti, bribón. Y me pides razones... Sal enseguida si no quieres que te cruja.

LA FLÈCHE. ¿Qué os he hecho?

HARPAGÓN. Me has hecho que quiero que te vayas.

LA FLÈCHE. Amo mío, vuestro hijo me ha ordenado esperarle.

HARPAGÓN. Ve a la calle a esperarlo y no te quedes en mi casa plantado como una piqueta, para ver lo que pasa y aprovecharte de todo. No quiero tener sin cesar delante de mí a un espía de mis asuntos; un traidor, cuyos malditos ojos asedian todas mis acciones, devoran lo que poseo y mira por todos lados a ver si hay algo que robar.

LA FLÈCHE. ¿Cómo diantres pensáis que os pueda robar? ¿Sois acaso un hombre robable? Guardáis todo y hacéis de centinela día y noche.

HARPAGÓN. Guardo lo que me parece y hago de centinela como me place. ¿No hay demasiado soplones que toman nota de todo lo que se hace? (*Aparte*) Tiemblo si ha sospechado algo de mi dinero. (*Alto*) ¿No serás tú uno que hace correr el rumor de que tengo dinero escondido?

LA FLÈCHE. ¿Vos tenéis dinero escondido?

HARPAGÓN. No, sinvergüenza, no he dicho eso. (*Aparte*) Rabio. (*Alto*) Pregunto si maliciosamente no habrás hecho correr el rumor de que lo tengo.

LA FLÈCHE. ¿Qué nos importa si lo tenéis o no cuando para nosotros es lo mismo?

HARPAGÓN. Ahora vas de razonador; te voy a dar un buen razonamiento. (*Levanta la mano para darle una bofetada*). Una vez más, vete.

LA FLÈCHE. Bien, bien, me voy.

HARPAGÓN. Espera, ¿te llevas algo mío?

LA FLÈCHE. ¿Qué voy a llevarme vuestro?

HARPAGÓN. Ven, que yo vea. Enséñame las manos.

LA FLÈCHE. Las manos.

HARPAGÓN. Las otras.

LA FLÈCHE. ¿Las otras?

HARPAGÓN. Sí.

LA FLÈCHE. Aquí están.

HARPAGÓN. ¿Tienes algo dentro?

LA FLÈCHE. Vedlo vos mismo.

HARPAGÓN. (*Toca el bajo de sus calzas*) Este tipo de calzas son muy apropiadas para guardar lo que se roba. Me gustaría que colgaran a más de uno.

LA FLÈCHE. (*Aparte*) Un hombre como este merecería que le hicieran lo que teme. Me alegraría robarle.

HARPAGÓN. ¿Eh?

LA FLÈCHE. ¿Qué?

HARPAGÓN. ¿Qué dices de robar?

LA FLÈCHE. Digo que registraríais todo, para ver si os he robado.

HARPAGÓN. Es lo que voy a hacer. (*Registra los bolsillos de La Flèche*).

LA FLÈCHE. (*Aparte*) ¡Peste para la avaricia y los avariciosos!

HARPAGÓN. ¿Qué dices?

LA FLÈCHE. ¿Qué digo?

HARPAGÓN. Sí, qué dices tú de la avaricia y de los avariciosos.

LA FLÈCHE. Digo que son la peste la avaricia y los avariciosos.

HARPAGÓN. ¿A quién te refieres?

LA FLÈCHE. A los avariciosos.

HARPAGÓN. ¿Y quiénes son esos?

LA FLÈCHE. Villanos, ladrones.

HARPAGÓN. ¿Qué entiendes por eso?

LA FLÈCHE. ¿Por qué os preocupa?

HARPAGÓN. Me preocupo de lo que es necesario.

LA FLÈCHE. ¿Creéis acaso que hablaba de vos?

HARPAGÓN. Creo lo que creo. Quiero que me digas de quién hablabas cuando decías eso.

LA FLÈCHE. Hablaba con mi gorra.

HARPAGÓN. Y yo podría hablar a tu birrete[1].

LA FLÈCHE. ¿Me impediréis maldecir a los avariciosos?

HARPAGÓN. No, pero te impediré cotillear y ser insolente. Cállate.

LA FLÈCHE. No nombro a nadie...

HARPAGÓN. Si hablas, te parto la cara.

LA FLÈCHE. Quien tenga mocos que se suene.

HARPAGÓN. ¿Callarás de una vez?

LA FLÈCHE. Sí, a mi pesar.

HARPAGÓN. ¡Ah, ah!

LA FLÈCHE. (*Mostrándole uno de los bolsillos de su traje*) Mirad, aquí tenéis otro bolsillo. ¿Satisfecho?

HARPAGÓN. Devolvédmelo sin que yo te registre.

LA FLÈCHE. ¿Qué?

HARPAGÓN. Lo que me has quitado.

LA FLÈCHE. No os he quitado nada.

HARPAGÓN. ¿Seguro?

LA FLÈCHE. Seguro.

HARPAGÓN. Adiós, vete con todos los diablos.

LA FLÈCHE. Muy bien que me despido.

HARPAGÓN. Lo dejo sobre tu conciencia. He aquí un bribón de criado que me incomoda mucho. No deseo ver a ese perro cojo.

Escena IV

Harpagón

HARPAGÓN. Ciertamente, no es poca pena guardar en casa una gran suma de dinero. Felices quienes tienen sus bienes bien colocados y solo conservan lo necesario para sus gastos. Es complicado encontrar en toda la casa un escondite fiable; sospecho de las cajas fuertes y no me fiaría nunca de ellas. Las considero un claro indicio para los ladrones: es lo primero que atacan.

Escena V

Harpagón, Cleante y Elisa

HARPAGÓN. (*Creyendo que está solo*) Sin embargo, no sé si he hecho bien en enterrar en mi jardín diez mil escudos que me han devuelto ayer. Diez mil escudos en oro... (*Elisa y Cleante parecen hablar en voz baja*). ¡Cielos, me he traicionado! Debe ser el calor. Creo que he hablado en alto al razonar yo solo. ¿Qué ocurre?

ELISA. Nada, padre.

HARPAGÓN. ¿Hace mucho que estáis ahí?

ELISA. Acabamos de llegar.

HARPAGÓN. Habéis oído...

CLEANTE. ¿Qué, padre?

HARPAGÓN. La...

ELISA. ¿Qué?

HARPAGÓN. Lo que acabo de decir.

CLEANTE. No.

HARPAGÓN. Sí, sí.

ELISA. Perdonadme.

HARPAGÓN. Sé que habéis oído algunas palabras. Conversaba conmigo mismo sobre lo que cuesta hoy encontrar dinero; y yo me decía que era feliz quien pueda tener diez mil escudos en casa. Veo que habéis oído algo...

CLEANTE. Temíamos abordarle para no interrumpirle.

HARPAGÓN. Quiero deciros esto para que no toméis las cosas al revés y penséis que soy yo quien tiene diez mil escudos.

CLEANTE. Nosotros no entramos en vuestros asuntos.

HARPAGÓN. ¡Quisiera Dios que yo tuviera diez mil escudos!

CLEANTE. No creo...

HARPAGÓN. Sería un buen negocio para mí.

ELISA. Cosas que pasan...

HARPAGÓN. Tendría necesidad de ellos.

CLEANTE. Pienso que...

HARPAGÓN. Me vendrían muy bien.

ELISA. Sois...

HARPAGÓN. Y no me quejaría como lo hago, que los tiempos son malos.

CLEANTE. Dios mío, padre, no podéis quejaros; se sabe que os van las cosas bien.

HARPAGÓN. ¿Qué? ¿Qué yo tengo...? Mienten quienes digan... Son los bribones los que hacen correr ese rumor.

ELISA. No entréis en cólera.

HARPAGÓN. ¡Es extraño! Mis propios hijos me traicionan y son mis enemigos.

CLEANTE. ¿Es ser vuestro enemigo decir que las cosas os van bien?

HARPAGÓN. Esas palabras y los grandes gastos que hacéis causarán que un día de estos vendrán a rebanarme el cuello, pensando que estoy forrado de dinero.

CLEANTE. ¿Qué grandes gastos hago?

HARPAGÓN. ¿Cuáles? ¿Hay algo más escandaloso que ese suntuoso tren de vida que paseáis por la villa? Ayer yo reñía a vuestra hermana, pero hay algo peor. Pido venganza al Cielo. Valorándoos de la cabeza a los pies se tendría una buena renta. Os lo he dicho veinte veces; vuestras maneras, hijo, todas vuestras maneras me disgustan; parecéis un marqués y para vestir de ese modo es obligado que me estéis robando.

CLEANTE. ¿Robaros yo?

HARPAGÓN. ¡Qué sé yo! ¿Cómo podéis mantener ese modo de vestir?

CLEANTE. ¿Yo, padre? Es que juego y, como tengo suerte, me gasto en mí todo lo que gano.

HARPAGÓN. Mal hecho. Si sois afortunado en el juego deberíais aprovecharos y poner a un honesto interés lo que ganáis, para encontrarlo más tarde. Querría saber, sin hablar de lo demás, ¿para qué sirven todas esas cintas con que os adornáis de los pies a las cabezas, si media docena de corchetes bastan para fijar los pantalones? ¿Es necesario emplear el dinero en pelucas, cuando se puede llevar el cabello al aire, que no cuesta nada? Apostaría que en esas cintas y pelucas se van al menos veinte pistolas[2]. Veinte pistolas darían al año dieciocho libras y seis sueldos, que colocados al...

CLEANTE. Tenéis razón.

HARPAGÓN. Dejemos eso y hablemos de otro asunto. (*Aparte*) Creo que se hacen señas entre ellos para robarme la bolsa. ¿Qué querrán decir esas señas?

ELISA. Dudamos, mi hermano y yo, quién hablará primero, porque los dos tenemos algo que deciros.

HARPAGÓN. Y yo tengo algo que deciros a los dos.

CLEANTE. Queremos hablarle de matrimonio.

HARPAGÓN. También yo, de matrimonio.

ELISA. ¡Ah, padre!

HARPAGÓN. ¿Por qué ese grito? ¿Es el nombre o la cosa lo que os da miedo?

CLEANTE. El matrimonio puede darnos miedo a los dos, del modo en que podáis entenderlo; y tememos que nuestros sentimientos no estén de acuerdo con vuestra elección.

HARPAGÓN. Paciencia. No os alarméis. Sé lo que necesitáis los dos; ni uno ni otro tenéis que temer por lo quiero hacer. Por comenzar por algo, ¿habéis visto a una joven llamada Mariana que vive no lejos de aquí?

CLEANTE. Sí, padre.

HARPAGÓN. ¿Y vos?

ELISA. He oído hablar de ella.

HARPAGÓN. ¿Cómo, hijos míos, encontráis a esa joven?

CLEANTE. Una muy encantadora persona.

HARPAGÓN. ¿Su fisonomía?

CLEANTE. Honesta y llena de gracia.

HARPAGÓN. ¿Su estilo, sus maneras?

CLEANTE. Admirables, sin duda.

HARPAGÓN. ¿No creéis que una joven como esa merece que se piense en ella?

CLEANTE. Sí.

HARPAGÓN. ¿Qué sería un partido deseable?

CLEANTE. Muy deseable.

HARPAGÓN. ¿Qué tiene todas las trazas de hacer un buen matrimonio?

CLEANTE. Sin duda.

HARPAGÓN. ¿Y que un marido estaría satisfecho con ella?

CLEANTE. Seguro.

HARPAGÓN. Hay una pequeña dificultad. Temo que no posea los bienes que se podría pretender.

CLEANTE. Padre mío, los bienes no importan cuando se trata de unirse a una persona honesta.

HARPAGÓN. Perdonadme, perdonadme. Queréis decir que, si no se encuentran los bienes que se pensaba, se puede intentar alcanzar alguna otra cosa.

CLEANTE. Se sobreentiende.

HARPAGÓN. En fin. Me alegro de que penséis como yo, porque su honesta traza y su dulzura me han robado el alma. Estoy dispuesto a desposarla, con tal de que tenga algo de bienes.

CLEANTE. ¿Eh?

HARPAGÓN. ¿Cómo?

CLEANTE. Estáis decidido, decís...

HARPAGÓN. A desposar a Mariana.

CLEANTE. ¿Quién? ¿Vos, vos?

HARPAGÓN. Sí, yo, yo, yo. ¿Qué quiere decir eso?

CLEANTE. De golpe me siento mal y me voy de aquí.

HARPAGÓN. No será nada. Id enseguida a la cocina a beber un vaso de agua clara. He aquí a estos débiles jóvenes, con menos fuerza que las gallinas. Eso es lo que he resuelto por mi parte. En cuanto a tu hermano, le destino cierta joven viuda que ha venido a verme esta mañana. Para ti, hija, he decidido darte al señor Anselmo.

Escena VI

Harpagón y Elisa

ELISA. ¿Al señor Anselmo?

HARPAGÓN. Sí, un hombre maduro, prudente y sabio, que no tiene más de cincuenta años y del que se dice que posee muchos bienes.

ELISA. (*Haciendo una reverencia*) Si os place, padre mío, yo no quiero casarme.

HARPAGÓN. (*Imitando la reverencia de Elisa*) Y yo, hija mía querida, si os place, quiero que os caséis.

ELISA. Os pido perdón, padre.

HARPAGÓN. Os pido perdón, hija.

ELISA. Soy la muy humilde servidora del señor Anselmo, pero, con vuestro permiso (*nueva reverencia*) no me casaré con él.

HARPAGÓN. Soy vuestro humildísimo servidor, pero (*imitando la reverencia de Elisa*) os casaréis con él esta noche.

ELISA. ¿Esta noche?

HARPAGÓN. Esta noche.

ELISA. Eso no va a ocurrir, padre.

HARPAGÓN. Eso será así, hija.

ELISA. No.

HARPAGÓN. Sí.

ELISA. No, os digo.

HARPAGÓN. Sí, os digo.

ELISA. Es cosa a la que no podéis obligarme.

HARPAGÓN. Es cosa a la que os obligaré.

ELISA. Me mataré antes de casarme con tal marido.

HARPAGÓN. No te matarás. Lo esposarás. (*Aparte*) ¡Qué atrevida! (*Alto*) ¿Se ha visto alguna vez a una hija hablar así a su padre?

ELISA. ¿Se ha visto alguna vez a un padre casar a su hija de esa manera?

HARPAGÓN. Es un partido sin un pero. Apuesto a que todo el mundo aprobará mi elección.

ELISA. Y yo apuesto a que ninguna persona razonable lo aprobaría.

HARPAGÓN. Ahí viene Valerio. ¿Quieres que le hagamos juez de este asunto?

ELISA. Estoy de acuerdo.

HARPAGÓN. ¿Aceptarás lo que juzgue?

ELISA. Me haré a lo que él diga.

HARPAGÓN. Eso está hecho.

Escena VII

Valerio, Harpagón y Elisa

HARPAGÓN. Ven, Valerio. Te hemos elegido para saber quién tiene razón, si mi hija o yo.

VALERIO. Vos, sin contradicción alguna.

HARPAGÓN. ¿Sabes de qué hablamos?

VALERIO. No. Pero vos no podéis equivocaros y tenéis toda la razón.

HARPAGÓN. Quiero esta noche dar como esposo a mi hija a un hombre tan rico como prudente. Y la bribona me dice en mis narices que no quiere. ¿Qué os parece?

VALERIO. ¿Que qué pienso yo?

HARPAGÓN. Sí.

VALERIO. Pues, eh, eh...

HARPAGÓN. ¿Qué?

VALERIO. Digo que en el fondo pienso como vos y es imposible que no tengáis razón. Pero tampoco ella se equivoca por completo.

HARPAGÓN. ¿Cómo? El señor Anselmo es un considerable partido; es un gentilhombre de noble carácter, dulce, calmado, muy rico y no tiene ningún hijo de su primer matrimonio. ¿Hay algo mejor?

VALERIO. Eso es verdad, pero ella podría decirnos que es un poco precipitado todo, y que haría falta algún tiempo para ver si su inclinación puede acomodarse con...

HARPAGÓN. Es una ocasión que hay que tomar por los pelos. Veo en eso una ventaja que no existe en otra parte; además, se compromete a tomarla sin dote.

VALERIO. ¿Sin dote?

HARPAGÓN. Sí.

VALERIO. No digo nada. He ahí una razón completamente convincente. Hay que rendirse ante eso.

HARPAGÓN. Para mí es un considerable ahorro.

VALERIO. Seguro, es innegable. Aunque es cierto que vuestra hija puede decir que el matrimonio es un asunto más serio de lo que se cree; que de él depende que sea feliz o desdichada toda la vida; que es un compromiso que debe durar hasta la muerte. Por eso debe hacerse con grandes precauciones.

HARPAGÓN. Sin dote.

VALERIO. Tenéis razón. Se entiende que eso es lo que decide todo. Hay gente que os podría decir que en tales ocasiones la inclinación de la hija es algo que habría que tener en cuenta, y que esa gran desigualdad de edad, de carácter, de sentimientos hace al matrimonio propenso a incidentes nada buenos.

HARPAGÓN. Sin dote.

VALERIO. Sobre eso no hay duda. Es bien sabido. ¿Quién diantres puede estar en contra? Por otro lado, es cierto que existen muchos padres que prefieren al dinero la satisfacción de sus hijas; que no querrían sacrificarlas al interés y buscan, antes que nada, poner en un matrimonio esa dulce conformidad que sin cesar mantiene el honor del enlace, la tranquilidad, la alegría; y que...

HARPAGÓN. Sin dote.

VALERIO. Es verdad. Eso cierra la boca a cualquiera. Sin dote. ¿Cómo puede resistirse una razón como esa?

HARPAGÓN. (*Mira hacia el jardín*) Sí, me parece oír a un perro ladrar. ¿Querrá acaso mi dinero? No os mováis, vuelvo enseguida.

Escena VIII

Elisa y Valerio

ELISA. ¿Bromeáis, Valerio, al hablarle así?

VALERIO. Es para no enfadarle y llegar mejor a lo que pretendo. Chocar de frente con sus sentimientos es el método para estropearlo todo. Hay gente a la que solo se la puede atacar con rodeos. Son temperamentos enemigos de cualquier resistencia, naturalezas reacias que se encocoran con la verdad, que siempre se rebelan contra el camino derecho. Solo con rodeos son conducidas adonde uno quiere conducir las. Fingid que consentís a lo que él quiere, así alcanzaremos mejor nuestro fin ...

ELISA. Pero, Valerio, ese matrimonio...

VALERIO. Se buscarán los medios para romperlo.

ELISA. Pero, ¿qué inventar si debe hacerse esta noche?

VALERIO. Hay que pedir un aplazamiento, fingir alguna enfermedad.

ELISA. Se descubrirá la trampa, si se llama a los médicos.

VALERIO. ¿Bromeáis? ¿Saben algo los médicos? ¡Vamos! Con ellos podéis hablar de la enfermedad que os plazca y ellos encontrarán razones para deciros cuál es su causa.

Escena IX

Harpagón, Elisa y Valerio

HARPAGÓN. No era nada, a Dios gracias.

VALERIO. (*A Elisa*). En fin, nuestro último recurso es la huida y ponernos al reparo de todo; y si vuestro amor, bella Elisa, es capaz de una firmeza que... (*Se da cuenta de que esta Harpagón*). Sí, es preciso que una hija obedezca a su padre. No debe mirar cómo está hecho un marido; y cuando se une la gran razón de “sin dote” ella debe estar dispuesta a aceptar todo lo que se le da.

HARPAGÓN. Bien. ¡Así se habla!

VALERIO. Señor, os pido perdón si me acaloro un poco y tengo la osadía de hablarle como lo hago.

HARPAGÓN. ¿Cómo? Estoy encantado. Quiero que tengas sobre mi hija completa influencia. (*A Elisa*) Si pensaras en huir, a él concedo la autoridad que el Cielo me dio, para que hagáis todo lo que él os diga.

VALERIO. (*A Elisa*) Después de esto, ¡resistíais a mis amonestaciones! (*Alto*) Señor, la seguiré para continuar con las lecciones que le estaba impartiendo.

HARPAGÓN. Sí, te quedaré obligado... Cierto...

VALERIO. Es bueno tirar un poco de las bridas.

HARPAGÓN. Es verdad. Es preciso...

VALERIO. No os preocupéis, conseguiré lo que pretendo.

HARPAGÓN. Hágalo. Voy a dar una pequeña vuelta por la ciudad y vuelvo enseguida.

VALERIO. (*Dirigiéndose a Elisa y yéndose por donde ella acaba de salir*) Sí, el dinero es más precioso que todas las cosas del mundo. Debéis dar gracias al Cielo del honrado padre que os ha dado. Él sabe bien qué es la vida. Cuando alguien se ofrece a casarse con una joven sin dote no hay que dudar más. Todo está comprendido ahí; sin dote equivale a belleza, juventud, buena cuna, honor, sabiduría y probidad.

HARPAGÓN. ¡Qué buen muchacho! Habla como un oráculo. ¡Feliz quien puede tener un criado así!

ACTO II

Escena I

Cleante y La Flèche

CLEANTE. ¡Traidor! ¿Dónde te has metido? ¿No te había dicho...?

LA FLÈCHE. Sí, señor, y he venido para esperaros sin moverme, pero vuestro señor padre, el menos educado de los hombres, me ha echado, a mi pesar, y corrí el riesgo de que me apaleara.

CLEANTE. ¿Cómo va nuestro asunto? La cosa urge. Desde la última vez que te vi he descubierto que mi padre es mi rival.

LA FLÈCHE. ¿Vuestro padre enamorado?

CLEANTE. Sí. Y me ha costado mucho ocultarle cuánto me turba esa noticia.

LA FLÈCHE. ¿Mezclarse él en amores? ¿En qué diablos piensa? ¿Se ríe del mundo? ¿El amor está hecho para gente como él?

CLEANTE. Ha sucedido, por mis pecados, que esa pasión haya entrado en su cabeza.

LA FLÈCHE. Pero, ¿por qué razón hacéis un misterio de vuestro amor?

CLEANTE. Para que no sospeche, para reservarme poder encontrar mejores salidas que desbaraten ese matrimonio. ¿Qué respuesta te han dado?

LA FLÈCHE. A fe mía, señor, quienes piden préstamos son unos desgraciados. Hay que aguantar quitarse de encima cosas extrañas cuando uno se ve, como vos, en manos de falsos mateos[3].

CLEANTE. ¿El asunto no va adelante?

LA FLÈCHE. Perdonadme. Nuestro maese Simón, el corredor que nos han dado, es un hombre activo y lleno de celo; asegura que hace todo por vos; que vuestra sola fisonomía ha conquistado su corazón.

CLEANTE. ¿Tendré los quince mil francos que pido?

LA FLÈCHE. Sí, pero con pequeñas condiciones, que habréis de aceptar si deseáis que la cosa se haga.

CLEANTE. ¿Te ha puesto en contacto con quien debe prestar el dinero?

LA FLÈCHE. En verdad, no. Ese pone incluso más cuidado que vos en ocultarse, misterios mayores de lo que pensáis. No quiere que se diga su nombre y quiere reunirse hoy con vos en una casa prestada para saber de vuestros labios vuestro caudal y el de vuestra familia. No dudo de que el solo nombre de vuestro padre hará todo más fácil.

CLEANTE. Sobre todo, habiendo muerto mi madre, cuya herencia no pueden quitarme.

LA FLÈCHE. He aquí algunas cláusulas que él mismo ha dictado a nuestro intermediario para que las conozcáis antes de hacer nada. “Supuesto que el prestamista quiere completa seguridad, que el prestatario sea mayor de edad y de una familia cuyo caudal sea amplio, sólido, seguro, claro y libre de cualquier traba, se redactará acta exacta y auténtica ante un notario, el hombre más honrado posible, y a este efecto será elegido por el prestamista, a quien más interesa que el acta sea la mejor posible”.

CLEANTE. Nada que añadir a eso.

LA FLÈCHE. “El prestamista, para librar su conciencia de todo escrúpulo, pretende no dar su dinero más que al cinco y medio por ciento”.

CLEANTE. ¿Al cinco y medio? ¡Pardiez! Eso es honradez. No cabe queja.

LA FLÈCHE. Así es. “Pero como el citado prestamista no posee ahora la suma en cuestión y para complacer al prestatario le es preciso pedir un préstamo a otro, al veinte por ciento, convendrá que el citado prestatario abone también ese interés, sin perjuicio del cinco y medio, considerando que solo por complacerle el susodicho prestamista se compromete él en un préstamo”.

CLEANTE. ¿Cómo, diablos? ¿Quién es ese judío?, ¿quién es ese árabe? ¿En total es más del veinticinco por ciento?

LA FLÈCHE. Así es y así lo he dicho. Tenéis que sopesarlo.

CLEANTE. ¿Qué quieres que sopeso? Necesito el dinero; tengo que consentir en todo.

LA FLÈCHE. Así respondí yo.

CLEANTE. ¿Algo más?

LA FLÈCHE. Queda una pequeña cláusula. “De los quince mil francos que se piden, el prestamista no podrá contar, en dinero, que con doce mil libras; para los mil escudos restantes, tendrá el prestatario que aceptar las ropas de vestir y de la casa y las joyas que se detallan en el inventario adjunto y que el citado prestamista ha valorado, de buena fe, en el mejor precio que ha podido”.

CLEANTE. ¿Qué quiere decir eso?

LA FLÈCHE. Oíd el inventario. “En primer lugar, una cama de cuatro patas, con cenefas de punto de Hungría, puestas muy limpiamente sobre una sábana de color aceituna; seis sillas; un cobertor de lo mismo. Todo bien arreglado y forrado con un tafetán tornasolado, en rojo y azul. Después, un dosel de cola, de buena sarga de Aumale, color rosa seco, con fleco y galones de seda”.

CLEANTE. ¿Qué hago con todo eso?

LA FLÈCHE. Oíd. “Un tapiz representando los amores de Gombaut y Macea[4]. Más una mesa de nogal con doce columnas torneadas, que se prolonga por los dos extremos, provista además de sus seis escabeles”.

CLEANTE. ¿Con quién trato, pardiez?

LA FLÈCHE. Paciencia. “Además, tres grandes mosquetes guarnecidos de nácar de perlas y las correspondientes horquillas, en juego. Además, un horno de ladrillo, con dos retortas y tres recipientes muy útiles para quienes gustan destilar”.

CLEANTE. ¡Rabio!

LA FLÈCHE. Tranquilo. “Además, un laúd de Bolonia, con todas sus cuerdas, más o menos. Además, un juego de boliches y un damero, con un juego de la oca, renovado desde los griegos, muy propio para pasar el tiempo cuando no hay nada que hacer. Además, una piel de lagarto, de tres pies y medio, rellena de heno, una agradable curiosidad para colgar en una habitación. El conjunto de lo mencionado arriba vale honradamente más de cuatro mil cien francos y está rebajado a mil por la amabilidad del prestamista”.

CLEANTE. Que la peste lo aplaste con su amabilidad, traidor, verdugo. ¿Se ha visto alguna vez semejante usura? No se contenta con el furioso interés que exige, sino que me quiere obligar a tomar, por tres mil libras, los viejos cachivaches que ha acumulado. No pagaría ni doscientos escudos por todo eso. Y, sin embargo, no tengo más remedio que consentir en lo que quiere; ya que está en condiciones de hacerme aceptar todo, ese malhechor me tiene cogido por el cuello.

LA FLÈCHE. Os veo, señor, no os disgustéis, en el mismo camino que empleó Panurgo[5] para arruinarse: tomar dinero en préstamo, comprar caro, vender barato y comerse su trigo aun en yerba[6].

CLEANTE. ¿Qué quieres que haga? Mira a qué son reducidos los jóvenes por la avaricia de los padres; y se extrañan de que los hijos deseen que se mueran pronto.

LA FLÈCHE. Hay que reconocer que vuestro padre animaría contra su villanía al hombre más tranquilo del mundo. No tengo, a Dios gracias, inclinaciones muy patibularias y entre mis compañeros, a los que veo entretenerse en muchos pequeños comercios, sé librarme con habilidad y apartarme prudentemente de todas las galanterías que huelen a

horca. Pero, a decir verdad, vuestro padre, con su conducta, me tienta a robarle y si lo hiciera pensaría que es una acción meritoria.

CLEANTE. Dame ese inventario, que lo quiero ver de nuevo.

Escena II

Maese Simón, Harpagón, Cleante y la Flèche

MAESE SIMÓN. Sí, señor, es un joven que tiene necesidad de dinero. Sus asuntos le obligan a buscarlo y aceptará todo lo que prescribáis.

HARPAGÓN. ¿Pero creéis que no hay nada que temer? ¿Sabéis el nombre, su caudal, la familia?

MAESE SIMÓN. No, no puedo informaros a fondo y es pura casualidad que me hayan dirigido a él. Pero seréis ilustrado de todo por él mismo; y su hombre me ha asegurado que quedaréis contento cuando le conozcáis. Todo lo que puedo decirle es que su familia es muy rica; que no tiene madre y que se comprometerá, si lo deseáis, a que su padre muera de aquí a ocho meses.

HARPAGÓN. Algo es algo. La caridad, maese Simón, nos obliga a complacer a las personas, mientras podamos.

MAESE SIMÓN. Es claro.

LA FLÈCHE. (*En voz baja, a Cleante*) ¿Qué es esto? Nuestro maese Simón hablando con vuestro padre.

CLEANTE. (*En voz baja*) ¿Le habrá dicho quién soy? ¿Estás aquí para traicionarme?

MAESE SIMÓN. (*A Cleante*) ¡Ah, ah, qué prisa tenéis! ¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí? No seré yo, señor, quien le descubra vuestro nombre y la dirección de vuestra casa. Pero, en mi opinión, nada malo hay. Son personas discretas y, juntos, podéis entenderos.

HARPAGÓN. ¿Cómo?

MAESE SIMÓN. (*Señala a Cleante*) El señor es la persona que os quiere pedir en préstamo las quince mil libras.

HARPAGÓN. ¿Cómo? Tunante, ¿eres tú quien se abandona a estos culpables extremos?

CLEANTE. ¿Cómo, padre mío, ¿sois vos quien actúa de modo vergonzoso?

HARPAGÓN. ¿Eres tú quien quiere arruinarse con estos préstamos tan condenables?

CLEANTE. ¿Sois vos quien espera enriquecerse con criminales usuras?

HARPAGÓN. ¿Te atreves, después de eso, de comparecer ante mí?

CLEANTE. ¿Os atrevéis, después de esto, a presentaros ante los ojos del mundo?

HARPAGÓN. ¿No te da vergüenza caer en estos extremos, meterte en gastos espantosos, hacer un vergonzoso derroche de lo que tus padres han reunido con tantos sudores?

CLEANTE. ¿No os sonroja deshonorar vuestra condición por los negocios que hacéis? ¿Sacrificar fama y reputación al insaciable deseo de amontonar escudo tras escudo? ¿De pedir en interés las más infames sutilezas que hayan podido inventar los más célebres usureros?

HARPAGÓN. ¡Aléjate de mi vista, bergante!

CLEANTE. ¿Quién es más criminal, a vuestro juicio, el que acepta un dinero que necesita o el que roba un dinero que no necesita?

HARPAGÓN. Digo que te retires y no me calientes más las orejas. *(Solo)* No me disgusta esta aventura y me sirve para vigilar más que nunca todas sus acciones.

Escena III

Frosina y Harpagón

FROSINA. Señor...

HARPAGÓN. Esperad, ahora os hablo. *(Aparte)* es bueno dar una vueltecita por donde está mi dinero.

Escena IV

La Flèche y Frosina

LA FLÈCHE. *(Sin ver a Frosina)*. La aventura se las trae. Harpagón debe tener en algún sitio un gran almacén de ropa, porque no hemos reconocido ninguna de la del inventario.

FROSINA. ¡Eres tú, mi pobre La Flèche! ¿A qué se debe este encuentro?

LA FLÈCHE. Ah, eres tú, Frosina. ¿Qué tienes que hacer aquí?

FROSINA. Lo que hago siempre, entrometerme en asuntos, ser servicial, aprovecharme lo más que puedo de los pequeños talentos que tengo. Sabes que en este mundo hay que vivir hábilmente y que a las personas como yo el Cielo no ha concedido más dones que la intriga y la habilidad.

LA FLÈCHE. ¿Tienes algún asunto con el dueño de esta casa?

FROSINA. Sí, trato de hablarle de un pequeño negocio, del que espero recompensa.

LA FLÈCHE. ¿De él? Serás muy hábil si consigues algo. Te advierto que el dinero, aquí dentro, es muy querido.

FROSINA. Hay ciertos servicios que se cobran muy bien.

LA FLÈCHE. Soy criado suyo. No conoces bien aún al señor Harpagón. Es, de todos los humanos, el menos humano; el mortal, entre los mortales, más duro y más tacaño. No hay servicio que puedas hacer que él abra la mano. Elogios, aprecio, buenas palabras, y amistad toda la que queráis. Dinero, nada. Nada hay más seco y más árido que sus buenas acogidas y sus caricias. Dar es una palabra por la que siente aversión. No da los buenos días, solo los presta.

FROSINA. ¡Dios mío! Conozco el arte de tratar a estos hombres. Tengo el secreto de provocar su ternura, de encontrar los puntos para ellos más sensibles.

LA FLÈCHE. Aquí eso son bagatelas. Te desafío a enternecer, a cuenta del dinero, al hombre en cuestión. En eso es un turco, pero de una turquería que desespera a cualquiera. Podría uno reventar y él no se inmutaría. En una palabra: ama el dinero más que la reputación, el honor o la virtud. A la vista de alguien que le pide se convulsiona. Es atacarle por su lado mortal, despedazarle el corazón, arrancarle las entrañas y si... Pero viene, yo me retiro.

Escena V

Harpagón y Frosina

HARPAGÓN. Todo bien. ¿Qué ocurre, Frosina?

FROSINA. ¡Dios mío! ¡Qué bien os veo, cara de salud!

HARPAGÓN. ¿Quién, yo?

FROSINA. Jamás os he visto cara tan fresca y gallarda.

HARPAGÓN. ¿De verdad?

FROSINA. ¿Cómo? No habéis estado en vuestra vida tan joven como ahora. Conozco a gente de veinticinco años que es más vieja que vos.

HARPAGÓN. Sin embargo, Frosina, tengo sesenta bien cumplidos.

FROSINA. ¿Qué son sesenta años? ¡Vaya! Eso es la flor de la edad y vos entráis ahora en la hermosa sazón del hombre.

HARPAGÓN. Es cierto, pero veinte años menos no me vendrían mal, creo.

FROSINA. ¿Bromeáis? No necesitáis eso. Sois de una pasta como para vivir cien años.

HARPAGÓN. ¿Tú crees?

FROSINA. Seguro. Tenéis todos los indicios. Levantaos un poco. Entre los ojos veo un signo de larga vida.

HARPAGÓN. ¿Sabes de eso?

FROSINA. Sin duda. Mostradme la mano. ¡Dios mío! ¡Qué línea de la vida!

HARPAGÓN. ¿Cómo?

FROSINA. ¿No veis hasta donde llega la línea de la vida?

HARPAGÓN. Y eso quiere decir...

FROSINA. A fe mía, he dicho cien años, pero más parecen ciento veinte.

HARPAGÓN. ¿Es posible?

FROSINA. Habrá que mataros, os digo. Enterraréis a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos.

HARPAGÓN. Tanto mejor. ¿Cómo va nuestro asunto?

FROSINA. No hay ni que preguntarlo. ¿Me habéis visto metida en algo que no lleve a buen puerto? Sobre todo, tengo para los matrimonios un talento especial. No hay partido en el mundo que yo no encuentre en poco tiempo el modo de emparejar. Creo que si se me metiera en la cabeza emparejaría al Gran Turco con la República de Venecia. No ha habido grandes dificultades en nuestro asunto. Como tengo trato con ellas he hablado a las dos de vos y he hablado con la madre del gusto que habéis concebido por Mariana al verla pasear por la calle o tomar el aire en la ventana.

HARPAGÓN. A lo que ha respondido....

FROSINA. Ha recibido la proposición con alegría; y cuando le he confirmado que deseabais mucho que su hija asistiera esta noche al contrato nupcial que se ha de hacer por vuestra parte, ha consentido gustosa y así me lo ha confiado.

HARPAGÓN. Es que estoy obligado a dar de cenar al señor Anselmo y me gustaría que ella participase.

FROSINA. Tenéis razón. Mariana debe, después de comer, visitar a vuestra hija y desde aquí tiene la intención de dar una vuelta por la feria, y venir después a cenar.

HARPAGÓN. Bien, irán juntas en mi carroza, que les prestaré.

FROSINA. A Mariana le gustará.

HARPAGÓN. Pero, Frosina, ¿has hablado con la madre respecto a los bienes que puede dar a su hija? ¿Le has dicho que es bueno que ayude un poco, algún esfuerzo, que se descubriera en una ocasión como esta? Porque uno no puede casarse con una joven sin que ella aporte algo.

FROSINA. ¡Cómo! Es una joven que os aportará doce mil libras de renta.

HARPAGÓN. ¡Doce mil libras!

FROSINA. Sí. Antes que nada, ella ha sido habituada y educada en un gran ahorro de boca. Está acostumbrada a vivir de ensaladas, de leche, de queso, de manzanas; para ella no será necesaria una mesa bien surtida, ni consomé exquisito, ni esas delicadezas que serían precisas para otras damas. Y no es poca cosa, porque en eso se irían, al año, por lo

menos tres mil francos. Además de eso, solo le preocupa una sencilla limpieza y no gusta para nada de vestidos costosos, ni de joyas ricas, ni de muebles suntuosos a los que tan aficionadas son otras. En esto, el ahorro es de cuatro mil libras al año. Además, tiene aversión horrible al juego, lo que no es común entre las mujeres de hoy. Conozco a una de mi barrio que ha perdido al “treinta y cuarenta” veinte mil francos este año. Dejemos solo una cuarta parte: cinco mil francos de ahorro por año en el juego; cuatro mil en vestidos y joyas. Eso hacen nueve mil libras. Y quitando mil escudos al año para la comida, ¿no tenéis ahí los doce mil francos bien contados?

HARPAGÓN. No está mal, pero esa cuenta no es nada real.

FROSINA. Perdonadme. ¿No es real aportar al matrimonio una gran sobriedad, la herencia de un gran amor por la sencillez del vestir y la adquisición de un gran odio al juego?

HARPAGÓN. Parece de broma querer formar su dote con los gastos que no hará. No voy a dar recibo de lo que no recibo. Tengo que tocar algo.

FROSINA. ¡Dios mío! Tocaréis bastante; ellas me han hablado de cierto lugar en el que tienen bienes que serán vuestros.

HARPAGÓN. Habrá que verlo. Pero, Frosina, hay aún algo que me inquieta. Ella es joven, como ves, y de ordinario los jóvenes son aman sino a sus semejantes, solo buscan su compañía. Temo que un hombre de mi edad no sea de su gusto y que eso me traiga ciertos pequeños desórdenes que no me convendrían nada.

FROSINA. ¡No la conocéis! Es algo que me quedaba por deciros. Tiene una espantosa aversión por la gente joven, solo ama a los viejos.

HARPAGÓN. ¿Ella?

FROSINA. Sí, ella. Me gustaría que la oyeseis hablar de eso. No puede soportar la vista de un hombre joven. Dice que solo siente encanto a la vista de un bello anciano de majestuosa barba. Para ella, los más viejos son los más encantadores y os advierto que no queráis pasar por más joven. Para ella, por lo menos, tiene que ser sexagenario. No hace ni cuatro meses que, estando a punto de casarse, rompió los esponsales basándose en que había descubierto que el prometido solo tenía cincuenta y seis años y no había usado antiparras para firmar el contrato.

HARPAGÓN. ¿Solo se basó en eso?

FROSINA. Sí. Dijo que cincuenta y seis años eran pocos para ella. Quiere narices que lleven gafas.

HARPAGÓN. Ciertamente, me has dicho algo nuevo.

FROSINA. Y más que os podría decir. En su habitación hay varios cuadros y varias estampas. ¿Pensáis que representan Adonis, Céfalo, Paris o Apolo? No. Retratos hermosos de Saturno, del rey Príamo, del viejo Néstor y del buen padre Anquises en las espaldas de su hijo.

HARPAGÓN. ¡Admirable! Nunca lo habría pensado. Estoy a gusto con que ella tenga ese carácter. En efecto, si yo hubiera sido mujer, no habría podido amar a los jóvenes.

FROSINA. Bien lo creo. ¡Buenas mercancías, los jóvenes, para amarlos! Mocosos, presumidos, ¡cómo para sentir antojo por ellos! Me gustaría saber qué atractivo les encuentran.

HARPAGÓN. Yo no lo entiendo. No sé cómo hay mujeres que los aman tanto.

FROSINA. Hay que estar loca perdida. ¿Amable la juventud? ¿Eso es tener sentido común? ¿Son hombres esos rubitos y puede una aficionarse a esos animales?

HARPAGÓN. Lo digo todos los días: con su voz de pollito de leche, sus tres briznas de barba como los bigotes de un gato, sus pelucas de estopa, sus calzas caídas y sus pecheras desaliñadas...

FROSINA. Otra cosa se encuentra en un hombre como vos. He aquí a un hombre. Hay con qué satisfacer la vista; así hay que estar hecho y vestido para dar amor.

HARPAGÓN. ¿Me encuentras bien?

FROSINA. ¡Cómo? Encantáis. Vuestro rostro es digno de ser pintado. Volveos un poco, os ruego. No puede estar mejor. Que os vea andar. He ahí un cuerpo modelado, libre, suelto como deber ser, y que no muestra ningún signo de dolencia.

HARPAGÓN. No padezco ninguna grave, a Dios gracias. Solo mi fluxión me da de vez en cuando[7].

FROSINA. No es nada. Vuestra fluxión os sienta bien y tenéis gracia cuando toséis.

HARPAGÓN. Dime, ¿Mariana no me ha visto aún? ¿No se ha fijado en mí al pasar?

FROSINA. No, pero hemos hablado mucho de vos. Le he hecho un retrato de vuestra persona. No he dejado de alabar vuestro mérito y la ventaja que es tener un marido como vos.

HARPAGÓN. Has hecho bien y te lo agradezco.

FROSINA. Querría, señor, haceros un pequeño ruego. (*Harpagón se pone serio*) Estoy en un pleito y a punto de perderlo, a falta de un poco de dinero. Podéis fácilmente hacer que yo gane ese proceso si tenéis un gesto de bondad conmigo. No podéis imaginar el gusto que tendrá ella en veros. (*Se pone risueño*) Le gustará vuestra gorguera a lo antiguo, causará un buen efecto en su ánimo. Pero admirará sobre todo vuestras calzas, atadas a la ropa con cordones. Es para volverse loca por vos. Un amante así acordonado será para ella un aliciente maravilloso.

HARPAGÓN. Me encantas al decirme eso.

FROSINA. Os aseguro, señor, que el resultado de ese pleito tendrá para mí graves consecuencias. Si lo pierdo estoy arruinada. Cualquier pequeña ayuda restablecería mis asuntos. Quisiera que hubieseis visto lo encantada que estaba al oírme hablar de vos. La

alegría estallaba en sus ojos al escuchar de mí vuestras cualidades; en fin, la he dejado en una impaciencia extrema por ver ese matrimonio completamente concluido.

HARPAGÓN. Me causas un gran placer, Frosina. Te debo todas las gratitudes del mundo.

FROSINA. Os ruego, señor, que me deis la pequeña ayuda que os pido. Eso me pondrá en pie y os estaré eternamente agradecida.

HARPAGÓN. Adiós, he de terminar con mis asuntos.

FROSINA. Os aseguro, señor, que no podríais socorrerme en una mayor necesidad.

HARPAGÓN. Voy a ordenar que mi carroza esté lista para llevaros a la feria.

FROSINA. No os importaría si no me viese obligada por la necesidad.

HARPAGÓN. Tendré cuidado en que se cene pronto, para que no os sintáis mal.

FROSINA. No me neguéis la gracia que solicito. No creeríais, señor, el placer que...

HARPAGÓN. Me voy. Me llaman. Hasta pronto (*Sale*).

FROSINA. ¡Que la fiebre te cruja, perro villano de todos los diablos! El avaro se ha defendido de todos mis ataques, pero no voy a abandonar la negociación. En todo caso, me queda la otra parte, de la que espero obtener una buena recompensa.

ACTO III

Escena I

Harpagón, Cleante, Elisa, Valerio Doña Claudia, Maese Jacques, Brindavoine y Merluche

HARPAGÓN. Vamos. Venid, yo daré órdenes a cada uno, para que sepa qué tiene que hacer. Acercaos, Dama Claudia, comencemos por vos (*Ella tiene una escoba*). Bien, con el arma en la mano. Os encomiendo que barráis con cuidado por todas partes. Tened cuidado de no frotar demasiado fuerte los muebles, que no se estropeen. Además, os encargo durante la cena el cuidado de las botellas. Si se pierde alguna y se pierde cualquier cosa, os haré responsable y lo deduciré de vuestra paga.

MAESE JACQUES. Castigo político.

HARPAGÓN. A vos, Brindavoine y a vos, Merluche, os encomiendo lavar los vasos y servir la bebida, pero solo cuando se tenga sed y no, según la costumbre de algunos impertinentes lacayos, que provocan a la gente para que beban cuando no tienen necesidad. Esperad que os lo piden más de una vez y procurad llevar siempre mucha agua.

MAESE JACQUES. (*Aparte*) Sí, que el vino se sube a la cabeza.

MERLUCHE. Señor, ¿nos quitamos las casacas?

HARPAGÓN. Sí, cuando veáis que viene gente. Y guardaos mucho de estropear vuestros trajes.

BRINDAVOINE. Sabéis, señor, que una parte delantera de mi ropilla tiene una gran mancha de aceite de lámpara.

MERLUCHE. Y yo, señor, tengo mis calzas, rotas por atrás y se me ve, si con vuestro permiso puedo hablar...

HARPAGÓN. Calma. Poneos hábilmente contra la pared y presentad al mundo siempre la parte de delante. (*Harpagón pone su sombrero delante del vestido para enseñar a Brindavoine cómo debe ocultar la mancha de aceite*) Tened siempre así vuestro sombrero cuando sirváis. En cuanto a vos, hija mía, mirad bien lo que se sirve y cuidad que no haya algún estropicio. Eso es cosa de las hijas. Sobre todo, preparaos para recibir bien a mi dueña, que os va a visitar. ¿Entendéis lo que os digo?

ELISA. Sí, padre.

HARPAGÓN. Y vos, hijo, el elegante a quien he tenido la bondad de perdonar la historia de no hacer mucho, no le pongáis mala cara.

CLEANTE. Yo, padre, ¿mala cara? ¿Por qué?

HARPAGÓN. ¡Dios mío! Sabemos bien cómo se comportan los hijos cuando los padres se vuelven a casar y cómo suelen mirar a la que es llamada madrastra. Si deseáis que yo olvide vuestra última faena, os recomiendo, sobre todo, mirar bien a esa persona y hacerle la mejor acogida que os sea posible.

CLEANTE. A decir verdad, padre, no puedo prometeros que me agrade que ella se convierta en mi madrastra. Mentiría si os lo dijera. Pero en lo de recibirla bien y ponerle buena cara, en eso os prometo que os obedeceré puntualmente.

HARPAGÓN. Estad atentos a eso, por lo menos.

CLEANTE. No tendréis ocasión de quejaros.

HARPAGÓN. Haréis bien. Valerio, ayudadme en esto. Veamos, maese Jacques, os he dejado el último.

MAESE JACQUES. Habláis a vuestro cochero, señor, y a vuestro cocinero, porque soy las dos cosas.

HARPAGÓN. Hablo a los dos.

MAESE JACQUES. Pero, ¿a quién primero?

HARPAGÓN. Al cocinero.

MAESE JACQUES. Esperad entonces, por favor. (*Se quita la casaca de cochero y se pone el traje de cocinero*).

HARPAGÓN. ¿Qué diantres de ceremonia es esa?

MAESE JACQUES. No tenéis más que hablar.

HARPAGÓN. Me he comprometido a dar de cenar esta noche.

MAESE JACQUES. (*Aparte*) ¡Gran maravilla!

HARPAGÓN. Dime, ¿nos darás bien de cenar?

MAESE JACQUES. Sí, si vos me dais suficiente dinero.

HARPAGÓN. ¡Qué diablos siempre con el dinero! Parece que no hay más que decir: dinero, dinero, dinero. Solo esa palabra es los labios: dinero. Siempre hablar de dinero. La muletilla de siempre: dinero.

VALERIO. No he oído nunca una respuesta más impertinente que esa. No hay gran mérito es dar una buena comida gastando mucho dinero. Es lo más fácil del mundo y cualquier pobre ingenio podría hacerlo. Pero para ser una persona hábil hay que hablar de una buena comida con poco dinero.

MAESE JACQUES. ¿Buena comida con poco dinero?

VALERIO. Sí.

MAESE JACQUES. A fe mía, señor intendente. Os agradeceré que me digáis el secreto y que ocupéis mi oficio de cocinero. Así seréis el factótum aquí dentro.

HARPAGÓN. Callaos. ¿Qué necesitamos?

MAESE JACQUES. Ahí tenéis a vuestro intendente que os dará bien de comer por poco dinero.

HARPAGÓN. ¡Anda! Quiero que me respondas.

MAESE JACQUES. ¿Cuántos seremos a cenar?

HARPAGÓN. Ocho o diez. Pero pensad en ocho. Donde caben ocho caben diez.

VALERIO. Eso es claro.

MAESE JACQUES. Bien, harán falta cuadro grandes sopas. Cinco platos. Sopas, entrantes...

HARPAGÓN. ¡Diablos! ¡Con eso come una entera ciudad!

MAESE JACQUES. Asa...

HARPAGÓN. (*Tapándole la boca*) ¡Traidor, te comerás mi fortuna!

MAESE JACQUES. Entremeses...

HARPAGÓN. ¿Incluso?

VALERIO. ¿Es que queréis que todos revienten? ¿El señor ha invitado a la gente para asesinarla a fuerza de comer? Leed un rato los preceptos de la salud y preguntad a los médicos si hay algo más pernicioso para el hombre que comer en exceso.

HARPAGÓN. Él tiene razón.

VALERIO. Aprended, Maese Jacques, vos y vuestros compañeros que es un robo una mesa llena de comida. Para mostrarse amigos de aquellos a quienes se invita es preciso que reine la frugalidad en lo que se ofrece. Porque, según el antiguo, dicho, hay que comer para vivir y no vivir para comer.

HARPAGÓN. ¡Bien dicho! Ven, que te abrazo por eso. Es la más hermosa sentencia que he oído en mi vida. Hay que vivir para comer y no co... ¿Cómo era?

V_{ALERIO}. Que hay que comer para vivir y no vivir para comer.

H_{ARPAGÓN}. (*A Maese Jacques*) Sí, ¿lo oyes? (*A Valerio*) ¿Quién es el gran hombre que ha dicho eso?

V_{ALERIO}. No recuerdo ahora el nombre[8].

H_{ARPAGÓN}. Acuérdate de escribirme esas palabras. Las quiero grabar en letras de oro en la chimenea del salón.

V_{ALERIO}. No dejaré de hacerlo. Y para vuestra cena, no tenéis más que dejadme a mí. Arreglaré todo del mejor modo.

H_{ARPAGÓN}. Hazlo.

M_{AESE JACQUES}. Mejor, menos trabajo para mí.

H_{ARPAGÓN}. Harán falta cosas de esas que apenas se comen y que hartan pronto. Unas buenas judías grasientas, un pastel en olla con guarnición de castañas.

V_{ALERIO}. Confiad en mí.

H_{ARPAGÓN}. Ahora, Maese Jacques, hay que limpiar mi carroza.

M_{AESE JACQUES}. Esperad. Eso es para el cochero. (*Se pone la casaca*) Decíais...

H_{ARPAGÓN}. Que hay que limpiar mi carroza y tened dispuestos los caballos para llevar a la feria....

M_{AESE JACQUES}. ¿Vuestros caballos, señor? A fe mía que no están en condiciones de andar. No os diré que están echados en su lecho, porque esos pobres animales no lo tienen y decir lo contrario sería mentir. Les hacéis pasar por tan severos ayunos que no son ya más que entelequias, fantasmas, conceptos de caballos.

H_{ARPAGÓN}. ¿Enferman cuando no hacen nada?

M_{AESE JACQUES}. Y aunque no hagan nada, ¿no han de comer? Más le valdría a los pobres animales trabajar mucho y comer en correspondencia. Eso me rompe el corazón: verlos tan extenuados. Porque siento ternura por mis caballos; parece que sufro yo cuando sufren ellos. Me quito cada día, para dársela a ellos, las cosas de la boca. Hay que ser muy duro para no tener compasión por el prójimo.

H_{ARPAGÓN}. No es mucho trabajo ir hasta la feria.

M_{AESE JACQUES}. No, señor, no tengo valor para llevarlos, y me dolería mucho darles latigazos en el estado en que están. ¿Cómo pueden arrastrar una carroza si no pueden ni arrastrarse ellos mismos?

V_{ALERIO}. Señor, pediré al vecino Picard que se encargue de llevarlos. Y podremos contar con maese Jacques para preparar la cena.

M_{AESE JACQUES}. Sea. Prefiero que mueran bajo la mano de otro que no de la mía.

V_{ALERIO}. Maese Jacques es muy razonable.

M_{AESE JACQUES}. Y el señor intendente muy decidido.

H_{ARPAGÓN}. Calma.

M_{AESE JACQUES}. Señor, no soporto a los aduladores y veo que lo que él hace, sus controles perpetuos del pan, el vino, la leña, la sal y las velas solo sirven para agradaros y haceros la corte. Me molesta eso y estoy harto de oír todos los días lo que dice de vos. Porque os tengo aprecio, a mi pesar. Después de mis caballos, sois la persona a la que más estimo.

H_{ARPAGÓN}. ¿Puedo saber de vos lo que dicen de mí?

M_{AESE JACQUES}. Sí, si supiera que no os disgustará.

H_{ARPAGÓN}. En modo alguno.

M_{AESE JACQUES}. Perdonadme, sé que entraríais en cólera.

H_{ARPAGÓN}. En absoluto, al contrario, me agrada y me gusta saber lo que dicen de mí.

M_{AESE JACQUES}. Pues lo habéis querido, os diré francamente que hay burlas en todas partes sobre vos; que se lanzan por todos lados cientos de pullas a vuestra costa; que nada gusta más que ir contra vos y contar mil cosas sobre vuestra tacañería. Uno dice que hacéis imprimir almanaques especiales, en los que ponéis el doble de las Témperas y las Vigilias, para aprovecharos de los ayunos a los que obligáis a vuestra gente. Otro dice que tenéis siempre quejas de vuestros lacayos en época de aguinaldos, para encontrar razones para no darles nada. Y cuentan que una vez habéis demandado al gato de vuestro vecino por haberse comido un resto de una pierna de cordero. Y que una vez se os sorprendió de noche robándoos a vos mismo la avena para vuestros cabellos; y que vuestro cochero, el que estuvo antes que yo, os dio en la oscuridad no sé cuántos palos y que preferisteis no hablar de eso. En fin, ¿queréis que os lo diga? No se va a ninguna parte sin que se os ponga de vuelta y media. Sois el cuento y la risa de todo el mundo, y jamás se habla de vos sino en términos de avaro, de roñoso, de ruin, de falso mateo.

H_{ARPAGÓN}. (*Pegándole*) Sois idiota, bergante, bribón, insolente.

M_{AESE JACQUES}. ¿No lo había yo adivinado? No me queréis creer. Ya os dije que os enfadaríais al conocer la verdad.

H_{ARPAGÓN}. Aprended a hablar.

Escena II

Valerio y Maese Jacques

V_{ALERIO}. Por lo que veo, Maese Jacques, se paga mal vuestra franqueza.

M_{AESE JACQUES}. ¡Pardiez, señor recién llegado! Os hacéis el importante. Todo esto no es cosa vuestra. Réiros de los bastonazos cuando os los den, no de los míos.

V_{ALERIO}. Ah, Maese Jacques, no os disgustéis, os lo ruego.

M_{AESE JACQUES}. (*Aparte*) Ya cede. Voy a dármelas de bravo y si es tan tonto como para temerme, le daré su merecido. (*Alto*) ¿Sabéis bien, señor sonriente, que yo no río, y que si vos me calentáis la cabeza os haré reír de otro modo? (*Empuja a Valerio hasta el fondo del escenario, amenazándole*).

V_{ALERIO}. ¡Eh! ¡Tranquilo!

M_{AESE JACQUES}. ¿Cómo tranquilo? No me da la gana.

V_{ALERIO}. ¡Por favor!

M_{AESE JACQUES}. Sois impertinente.

V_{ALERIO}. Señor Maese Jacques...

M_{AESE JACQUES}. No hay maese Jacques que valga. Si tomo un bastón, os daré una buena.

V_{ALERIO}. ¿Cómo? ¿Un bastón? (*Valerio hace retroceder a Maese Jacques*).

M_{AESE JACQUES}. No hablaba yo de eso.

V_{ALERIO}. ¿Sabéis, tonto maese Jacques, que soy capaz de zurraros?

M_{AESE JACQUES}. No lo dudo.

V_{ALERIO}. ¿Qué sois, como mucho, solo un bribón de cocinero?

M_{AESE JACQUES}. Lo sé.

V_{ALERIO}. ¿Qué no me conocéis aún?

M_{AESE JACQUES}. Perdonadme.

V_{ALERIO}. ¿Decíais que me ibais a dar una...?

M_{AESE JACQUES}. Lo decía en broma.

V_{ALERIO}. No me gustan vuestras bromas. (*Le da bastonazos*) Aprended que sois un mal bromista.

M_{AESE JACQUES}. (*Solo*) Maldita sea la sinceridad, es un mal oficio. De ahora en adelante renuncio a él y no diré nunca la verdad. Que me pegue mi amo, pase, tiene algún derecho... Pero el señor intendente... Me vengaré de él, si es que puedo.

Escena III

Frosina, Mariana y Maese Jacques

F_{ROSINA}. ¿Sabéis, maese Jacques, si vuestro amo está en casa?

M_{AESE JACQUES}. Está, demasiado bien lo sé.

FROSINA. Decidle, os ruego, que estamos aquí.

Escena IV

Mariana y Frosina

MARIANA. Estoy, Frosina, en un extraño estado; a decir verdad, temo esta entrevista.

FROSINA. ¿Por qué? ¿Qué os inquieta?

MARIANA. ¿Me lo preguntáis? ¿No imagináis las aprensiones de alguien a quien quieren hacer padecer un gran suplicio?

FROSINA. Me doy cuenta de que, para morir con agrado, Harpagón no es el mejor suplicio que podéis arrostrar. Por vuestro rostro sé que el joven rubito del que me habéis hablado os viene un poco a la cabeza.

MARIANA. Es algo, Frosina, que no quiero evitar. Y las respetuosas visitas que nos ha hecho han tenido, lo confieso, cierto efecto en mi alma.

FROSINA. ¿Habéis sabido quién es?

MARIANA. No. Pero sé que está hecho de un modo que se hace querer; que, si pudiera yo elegir, lo preferiría a cualquier otro; que contribuye no poco a que para mí sea un horrible tormento el esposo que quieren darme.

FROSINA. Sí, esos rubitos son agradables y hacen bien su parte. Pero casi todos son pobres como ratas. Os conviene más tomar un esposo viejo, que os dé riquezas. Os confieso que los sentimientos no se satisfacen en el partido que aconsejo; habréis de soportar algunas pequeñas repugnancias con tal marido, pero son cosas que no durarán. Y su muerte, creedme, os podrá muy pronto en situación de encontrar otro más agradable y eso lo enmendará todo.

MARIANA. ¡Dios mío, Frosina! Es algo extraño que para ser feliz haya que desear o esperar la muerte de alguien. La muerte no siempre se ajusta a los proyectos que hacemos.

FROSINA. ¿Bromeáis? No lo esposáis sino con la condición de dejaros viuda muy pronto; esa debe ser una de las cláusulas del contrato. ¡Sería muy impertinente que no se muriera en tres meses! Pero aquí viene...

MARIANA. ¡Ay, Frosina, qué tipo!

Escena V

Harpagón, Frosina y Mariana

HARPAGÓN. No os ofendáis, hermosa, si vengo a vos con gafas. Sé que vuestro esplendor llega tanto los ojos, tan visibles a primera vista, que no hace falta anteojos. Pero, en fin,

con anteojos se observan los astros, y yo sostengo y garantizo que sois un astro, el más bello astro en el país de los astros. (*Aparte, a Frosina*) Frosina, ella no dice nada, no testimonia, me parece, ninguna alegría por verme.

FROSINA. Es que está aún sorprendida; además, las jóvenes sienten siempre vergüenza en eso de testimoniar en seguida lo que hay en sus corazones.

HARPAGÓN. Tienes razón. (*A Mariana*) He aquí, bella niña, a mi hija, que viene a saludaros.

Escena VI

Elisa, Harpagón, Mariana y Frosina

MARIANA. Con tardanza realizo, señora, esta visita.

ELISA. Habéis hecho, señora, lo que yo debería haber hecho, y a mí me correspondía hacerlo antes.

HARPAGÓN. Como veis, es muy alta, la mala hierba crece siempre.

MARIANA. (*En voz baja, a Frosina*) ¡Qué hombre más desagradable!

HARPAGÓN. ¿Qué dice esta beldad?

FROSINA. Que os encuentra admirable.

HARPAGÓN. Honor que me hacéis, adorable niña.

MARIANA. (*Aparte*) ¡Qué animal!

HARPAGÓN. Agradezco muchos esos sentimientos.

MARIANA. (*Aparte*) No aguanto más.

HARPAGÓN. He aquí también a mi hijo, que viene a recibirlos.

MARIANA. (*Aparte, a Frosina*) ¡Frosina! ¡Qué encuentro! Él es de quien te hablé.

FROSINA. (*A Mariana*) La aventura es maravillosa.

HARPAGÓN. Veo que os extrañáis de que tenga hijos tan mayores, pero pronto me desharé de los dos.

Escena VII

Cleante, Harpagón, Elisa, Mariana y Frosina

CLEANTE. (*A Mariana*) Señora, a decir verdad, hay aquí sin duda una aventura que no me esperaba. Mi padre me ha sorprendido mucho al decirme hace poco el designio que se había propuesto.

MARIANA. Puedo decir lo mismo. Es un encuentro imprevisto que me ha sorprendido tanto como a vos. No estaba preparada para una aventura así.

CLEANTE. Es verdad que mi padre, señora, no podía hacer mejor elección y es para mí una gran alegría veros. Pero, con todo eso, no os aseguraría que me alegre el que podáis convertirlos en mi madrastra. Felicitaros, lo confieso, me resulta muy difícil. Es un título, con vuestro permiso, que no os deseo. Estas palabras parecerán duras a los ojos de algunos, pero estoy seguro de que lo tomaréis como es debido. Que es un casamiento, señora, por el que bien entenderéis que yo sienta repugnancia. No ignoraréis, sabiendo lo que soy, que choca con mis intereses. Y permitid que os diga, con permiso de mi padre, que, si las cosas dependiesen de mí, este himeneo no se celebraría.

HARPAGÓN. He ahí un cumplido impertinente. ¡Hermosa confesión la que le hacéis!

MARIANA. Y yo, para responderos, os diré que las cosas para mí son muy semejantes y que, si os causa repugnancia verme como vuestra madrastra, sin duda no tengo yo menos de veros como mi hijastro. No creáis, os lo ruego, que soy yo quien desea causaros esa inquietud. Me disgustaría sobremanera causaros enojo; y, de no verme obligada por fuerza, os doy mi palabra de que no consentiría en un matrimonio que tanto os disgusta.

HARPAGÓN. Ella tiene razón. A un cumplido necio, respuesta adecuada. Os pido perdón, hermosa, por la impertinencia de mi hijo. Es un joven bobo, que no se da cuenta de las consecuencias de lo que dice.

MARIANA. Os prometo que lo que ha dicho no me ha ofendido. Al contrario, me gusta que haya expresado tan bien sus verdaderos sentimientos. Estimo en él una confesión así; si hubiera hablado de otra forma, lo estimaría menos.

HARPAGÓN. Es mucha bondad en vos excusad sus faltas. El tiempo lo hará más sabio y veréis cómo cambian sus sentimientos.

CLEANTE. No, querido padre, no soy capaz de cambiar y ruego encarecidamente a la señora que lo crea.

HARPAGÓN. Ved cómo continúa, aun con más extravagancia.

CLEANTE. ¿Queréis que traicione mi corazón?

HARPAGÓN. ¿Sigue? ¿No cambiaréis de discurso?

CLEANTE. Bien, ya que deseáis que yo hable de otro modo, permitid, señora, que me ponga en el lugar de mi padre y que os confiese que nada he visto en el mundo más adorable que vos; que no concibo nada igual a la felicidad de agradaros; que el título de esposo vuestro es gloria, dicha, y lo preferiría al destino de los más grandes príncipes de la tierra. Sí, señora, la felicidad de poseeros es, a mis ojos, la mejor de todas las fortunas y en ello pongo toda mi ambición; nada hay que yo no sea capaz de hacer por tan preciada conquista; y los más poderosos obstáculos....

HARPAGÓN. Calmaos, hijo mío, si os place.

CLEANTE. Es un cumplido que he hecho a esta señora en vuestro nombre.

HARPAGÓN. ¡Pardiez! Tengo lengua para hablar por mí y no necesito un procurador como vos. Vamos, traed sillas.

FROSINA. No, es mejor que vayamos a la feria, para regresar pronto y luego tener más tiempo para hablar.

HARPAGÓN. (*A Brindavoine*) Que enganchen los caballos a la carroza. Os ruego que me excuséis, mi adorada, si no os he ofrecido una ligera colación antes de partir.

CLEANTE. Yo he provisto padre, y he hecho traer aquí unas fuentes con naranjas de la China, limones dulces y confituras que he pedido de vuestra parte.

HARPAGÓN. (*A Valerio, en voz baja*) ¡Valerio!

VALERIO. (*A Harpagón*) Ha perdido la cabeza.

CLEANTE. ¿Pensáis, padre, que no es bastante? Señora, tened la bondad de disculparme si así es.

MARIANA. No era necesario.

CLEANTE. ¿Habéis visto jamás, señora, un diamante más vivo que el que veis que mi padre lleva en su dedo?

MARIANA. Es cierto que brilla mucho.

CLEANTE. (*Quitándole el diamante del dedo de su padre y dándoselo a Mariana*) Es mejor que lo veáis de cerca.

MARIANA. Muy bello, sin duda y arroja muchos destellos.

CLEANTE. (*Delante de Mariana, que quiere devolverle el diamante*) No, señora, ahora está en manos muy bellas. Es un presente que os hace mi padre.

HARPAGÓN. ¿Yo?

CLEANTE. ¿No es verdad, padre mío, que queréis que Mariana lo conserve como prueba de vuestro amor?

HARPAGÓN. (*Aparte, a su hijo*) ¿Cómo?

CLEANTE. (*A Mariana*) Bella pregunta. Me hace señas para que os lo haga aceptar.

MARIANA. Yo no puedo...

CLEANTE. ¿Os burláis? Él no piensa en volver a tomarlo.

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¡Rabio!

MARIANA. Eso sería...

CLEANTE. (*Impidiendo a Mariana devolver la joya*) Os lo digo: sería ofenderlo.

MARIANA. Por favor...

CLEANTE. Nada de nada.

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¡Maldito!

CLEANTE. Mirad cómo le escandaliza vuestro rechazo.

HARPAGÓN. (*Bajo, a su hijo*) ¡Traidor!

CLEANTE. Ved cómo se desespera.

HARPAGÓN. (*Bajo, a su hijo, amenazándole*) ¡Eres un verdugo!

CLEANTE. Padre, no es culpa mía. He hecho todo lo posible para obligarla a tenerla, pero ella es obstinada.

HARPAGÓN. (*Bajo, a su hijo*) ¡Rufián!

CLEANTE. Señora, sois causa de que mi padre me reprenda.

HARPAGÓN. (*A su hijo*) ¡Sinvergüenza!

CLEANTE. Le haréis enfermar. Por favor, señora, no os resistáis más.

FROSINA. ¡Dios mío, qué melindres! Guardaos la joya, ya que el señor así lo desea.

MARIANA. Para que no encolerizaros, la guardo. Ya encontraré la ocasión de devolvéroslo.

Escena VIII

Harpagón, Mariana, Frosina, Cleante, Elisa y Brindavoine

BRINDAVOINE. Señor, un hombre desea hablaros.

HARPAGÓN. Dile que estoy ocupado y que venga en otra ocasión.

BRINDAVOINE. Dice que os trae dinero.

HARPAGÓN. (*A Mariana*) Disculpadme. Vuelvo enseguida.

Escena IX

Mariana, Cleante, Elisa, Valerio, Frosina y Merluche

MERLUCHE. (*Viene corriendo y derriba a Harpagón*) Señor...

HARPAGÓN. ¡Muero!

CLEANTE. ¿Qué ocurre, padre? ¿Os habéis hecho daño?

HARPAGÓN. El traidor seguramente ha recibido dinero de mis deudores para que me rompa el cuello.

VALERIO. No será nada...

MERLUCHE. Señor, os pido perdón. Pensé que hacía bien corriendo deprisa.

HARPAGÓN. ¿Qué vienes a hacer aquí, verdugo?

MERLUCHE. A deciros que vuestros caballos están desherrados.

HARPAGÓN. Que los lleven enseguida al herrador.

CLEANTE. Mientras los hierran, voy a hacer por vos los honores de vuestra casa y a conducir a la señora al jardín, adonde diré que lleven la colación.

HARPAGÓN. Valerio, no dejes de estar al tanto de eso, te lo ruego, y salva lo más que puedas para devolverlo al mercader.

VALERIO. Eso se hará.

HARPAGÓN. ¡Hijo impertinente! ¿Quieres arruinarme?

ACTO IV

Escena I

Cleante, Mariana, Elisa y Frosina

CLEANTE. Volvamos aquí, estaremos mucho mejor. No hay nadie sospechoso y podemos hablar libremente.

ELISA. Sí, señora, mi hermano me ha confiado el amor que siente por vos. Sé los disgustos y los pesares que tales reveses pueden causar; y es, os lo aseguro, el extremo afecto el que hace que me interese en vuestra aventura.

MARIANA. Es un dulce consuelo ver cómo una persona como vos os interesáis por mí. Os pido, señora, que me tengáis siempre esa generosa amistad, que me ayuda a mitigar las crueldades de la fortuna.

FROSINA. A fe mía, los dos sois desgraciados por no haberme informado antes de vuestra aventura. Os habría evitado esa inquietud y las cosas no estarían ahora como están.

CLEANTE. ¿Qué quiere? Mi destino desgraciado así lo ha querido. Pero, bella Mariana, ¿qué pensáis hacer?

MARIANA. ¿Puedo hacer algo? Y en la dependencia en que me encuentro, ¿puedo tener otra cosa sino anhelos?

CLEANTE. ¿Nada más, para mí, que simples anhelos? ¿No hay una piedad eficaz? ¿Una bondad compasiva? ¿Un afecto activo?

MARIANA. ¿Qué puedo deciros? Poneos en mi lugar y ved qué puedo hacer. Decidlo vos, ordenadlo y en ello confiaré. Os creo demasiado razonable para poder exigir de mí solo lo que me es permitido por el honor y el decoro.

CLEANTE. ¿Adónde me reducís al remitirme a lo que puedan permitir un riguroso honor y un escrupuloso decoro?

MARIANA. ¿Qué queréis que haga? Aunque pudiera superar la cantidad de miramientos a los que nuestro sexo está obligado, respeto mucho a mi madre. Me ha educado siempre con una extrema ternura y yo no soy capaz de disgustarla. Haced algo cerca de ella. Emplead todo vuestro cuidado en ganar su confianza. Podréis hacer y decir todo lo que queráis, os doy licencia. Y si ella se declara en vuestro favor, consentiré en confesarle todo lo que siento por vos.

CLEANTE. Frosina, mi pobre Frosina, ¿querrías ayudarnos?

FROSINA. A fe mía, ¿hay que preguntarlo? Lo haría con todo mi corazón. Sabéis como soy, muy humana. El Cielo no me ha dado un alma de bronce, tengo incluso demasiada ternura para hacer pequeños servicios cuando veo a gente que se aman rectamente y con todo honor. ¿Qué podríamos hacer aquí?

CLEANTE. Piensa un poco, te lo ruego.

MARIANA. Acláranos las cosas.

ELISA. Encuentra algún remedio para deshacer lo que has hecho.

FROSINA. Es muy difícil. (*A Mariana*) Vuestra madre no es para nada irrazonable, quizá podría ganármela y decidirla a dar al hijo lo que pensaba dar al padre. (*A Cleante*) Lo malo es que vuestro padre es vuestro padre.

CLEANTE. Claro.

FROSINA. Quiero decir que se sentirá agraviado si mostramos que se le rechaza. Y no estará de humor para dar el consentimiento a vuestro matrimonio. Hará falta, para que las cosas salgan bien, que el rechazo proceda de él mismo, intentando por algún medio que se sienta disgustado con vuestra persona.

CLEANTE. Tiene razón.

FROSINA. Tengo razón, lo sé. Es lo que hay que hacer, pero lo difícil es encontrar los medios. Escuchad: si contáramos con alguna mujer más o menos de edad y con mi talento, y actuase de forma que pueda imitar a una dama de calidad, a través de un alto nivel de vida y de un llamativo nombre de marquesa o vizcondesa, supongamos que de la Baja Bretaña, yo tendría bastante habilidad para hacer creer a vuestro padre que esa dama posee, además de sus casas, un caudal de cien mil escudos en dinero contante y sonante; que ella está perdidamente enamorada de él y que desearía ser su mujer dándole todos sus bienes en el contrato de matrimonio. Dudo que él desoyera esa proposición. Porque, en fin, él os ama mucho, lo sé; pero ama más el dinero. Y cuando, encandilado con esa trampa, haya consentido en lo que a vos interesa, poco importará ya que se desengañe cuando descubra los verdaderos bienes de esa marquesa.

CLEANTE. Bien pensado.

FROSINA. Dejadme a mí. Acabo de acordarme de una de mis amigas, que viene al caso.

CLEANTE. Ten por segura, Frosina, mi gratitud si tu plan se realiza. Pero, encantadora Mariana, comencemos por ganarnos a vuestra madre. Sería ya mucho lograr romper este matrimonio. Poned de vuestra parte, os lo ruego, los esfuerzos que podáis. Servíos de todo el poder que os concede el amor que ella tiene por vos. Despegad, sin reserva, las elocuentes gracias, los encantos todopoderosos que el Cielo ha puesto en vuestros ojos y en vuestra boca. Y no olvidéis, os ruego, esas tiernas palabras, esas dulces súplicas, esas caricias conmovedoras a las que nada puede negarse.

MARIANA. Haré todo lo que pueda, sin olvidar nada.

Escena II

Harpagón, Cleante, Mariana, Elisa y Frosina

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¡Eh! Mi hijo besa la mano de su futura madrastra y la futura madrastra no hace mucho para evitarlo. ¿Habría algún misterio en eso?

ELISA. Aquí llega mi padre.

HARPAGÓN. La carroza está preparada. Podéis partid cuando queráis.

CLEANTE. Como vos no vais, padre, puedo acompañarlas yo.

HARPAGÓN. No, quedaos. Irán muy bien solas; os necesito aquí.

Escena III

Harpagón y Cleante

HARPAGÓN. Veamos, interés de madrastra aparte, ¿qué te parece esa persona?

CLEANTE. ¿Qué me parece?

HARPAGÓN. Sí, su talle, su estilo, su belleza, su ingenio...

CLEANTE. Así así.

HARPAGÓN. ¿Y qué más?

CLEANTE. A vos puedo hablar con franqueza, no la he encontrado como esperaba. Su aire es de una clara coqueta; su talle bastante rudo; su belleza, muy mediocre y su ingenio es de lo más corriente. No crea que lo digo para que ella os disguste, porque, madrastra por madrastra, me da igual una que otra.

HARPAGÓN. Sin embargo, hace poco le decías...

CLEANTE. Le dije algunas cosas galantes en vuestro nombre, pero era para agradaros.

HARPAGÓN. ¿No tienes ninguna inclinación por ella?

CLEANTE. ¿Yo? Para nada.

HARPAGÓN. Eso no me gusta, porque deshace una idea que se me había ocurrido. Al verla aquí, he reflexionado sobre mi edad, y he pensado que podría criticarse verme casado con alguien tan joven. Esta reflexión me ha hecho abandonar mi propósito, pero como yo la he hecho pedir y estoy comprometido, te la hubiera dado, si no me hubieras manifestado tu aversión hacia ella.

CLEANTE. ¿A mí?

HARPAGÓN. A ti.

CLEANTE. ¿En matrimonio?

HARPAGÓN. En matrimonio.

CLEANTE. Escuchad. Es verdad que ella no es muy de mi gusto, pero, para agradaros, padre mío, la desposaré, si queréis.

HARPAGÓN. Soy más razonable de lo que piensas. No deseo forzar tu inclinación.

CLEANTE. Perdonadme, haré ese esfuerzo por amor vuestro.

HARPAGÓN. No, un matrimonio no puede ser feliz si no existe inclinación.

CLEANTE. Eso es algo, padre, que puede ser que venga enseguida y a menudo se dice que el amor es un fruto del matrimonio.

HARPAGÓN. No, por parte del hombre, no se puede arriesgar el negocio, porque traería consecuencias enojosas a las que no quiero exponerme. Si hubieras tenido alguna inclinación por ella, de buena hora haría que la desposaras en mi lugar. Como eso no es posible, seguiré mi primer propósito: la desposaré yo.

CLEANTE. Bien, padre, si las cosas están así, he de descubrir mi corazón y revelaros nuestro secreto. La verdad es que la amo desde el día en el que la vi en un paseo; que mi propósito era pedirla a vos como esposa; que solo me ha detenido en eso la declaración de vuestros sentimientos y el miedo a disgustaros.

HARPAGÓN. ¿La habéis visitado?

CLEANTE. Sí, padre.

HARPAGÓN. ¿Muchas veces?

CLEANTE. Bastantes para el tiempo que ha pasado.

HARPAGÓN. ¿Os ha recibido bien?

CLEANTE. Muy bien, pero sin saber quién era yo y por eso hace poco se ha sorprendido tanto Mariana.

HARPAGÓN. ¿Le habéis declarado vuestro amor y el deseo de casaros con ella?

CLEANTE. Sin duda; y algo había yo dejado entrever a la madre.

HARPAGÓN. ¿Ella ha atendido vuestra proposición?

CLEANTE. Sí, con mucha educación.

HARPAGÓN. ¿Y la hija corresponde a vuestro amor?

CLEANTE. Si me fío de las apariencias, estoy persuadido, padre, de que ella siente algo bueno por mí.

HARPAGÓN. (*Aparte*) Me agrada saber un tal secreto y eso es lo que yo buscaba. (*Alto*) Bien, hijo mío, ¿sabéis qué ocurre? Que es preciso, si os place, deshaceros de vuestro amor, cesar en esas persecuciones hacia la persona que quiero para mí; y casaros bien pronto con la persona que se os destina.

CLEANTE. Sí, padre, de este modo me engañáis. Bien, si las cosas han llegado a este extremo, os declaro, yo, que no cesaré en la pasión que siento por Mariana; que no habrá nada que deje de hacer para disputaros su conquista; y que, si en vuestro favor tenéis el consentimiento de una madre, yo tendré otros apoyos, que lucharán por mí.

HARPAGÓN. ¿Cómo? ¡Bandido! ¿Te atreves a disputar conmigo?

CLEANTE. Sois vos quien disputáis conmigo; y en este asunto, en cuanto a fecha, voy primero.

HARPAGÓN. ¿No soy tu padre? ¿No me debes respeto?

CLEANTE. No se trata aquí de cosas en las que los hijos han de obedecer a los padres, y el amor no conoce a nadie.

HARPAGÓN. Ya te haré conocerme bien, a bastonazos.

CLEANTE. Vuestras amenazas no sirven de nada.

HARPAGÓN. Renunciarás a Mariana.

CLEANTE. Para nada.

HARPAGÓN. Dadme enseguida un bastón.

Escena IV

Maese Jacques, Harpagón y Cleante

MAESE JACQUES. ¡Eh, eh, señores? ¿Qué es esto? ¿En qué pensáis?

CLEANTE. Me río de eso.

MAESE JACQUES. (*A Cleante*) Señor, ¡cuidado!

HARPAGÓN. ¡Hablarne con esa impudencia!

MAESE JACQUES. ¡Señor, por favor!

CLEANTE. No desistiré.

MAESE JACQUES. ¿Cómo? ¿A vuestro padre?

HARPAGÓN. Déjame hacer.

MAESE JACQUES. ¿Pegar a vuestro hijo? Si fuera a mí, todavía...

HARPAGÓN. Quiero hacerte, maese Jacques, juez en este asunto, para demostrar que tengo razón.

MAESE JACQUES. De acuerdo. Pero alejaos un poco...

HARPAGÓN. Amo a una joven con la que quiero casarme, y este bribón tiene la insolencia de amarla a la vez y de pretenderla, a pesar de mis órdenes.

MAESE JACQUES. Él se equivoca.

HARPAGÓN. ¿No es espantoso que un hijo entre en concurrencia con su padre? ¿No debería él, por respeto, abstenerse de chocar con mis inclinaciones?

MAESE JACQUES. Tenéis razón. Dejad que yo le hable. Quedaos aquí. (*Va al encuentro de Cleante en el otro extremo del escenario*).

CLEANTE. ¡Bien, sí! Si él quiere que seas el árbitro, no retrocedo. No me importa, sea quien sea. También yo me remito a ti, maese Jacques, en nuestras diferencias.

MAESE JACQUES. Es un gran honor que me hacéis.

CLEANTE. Amo a una joven persona que responde a mis deseos y recibe con ternura las ofrendas de mi fidelidad; y a mi padre se le ocurre venir a estorbar nuestro amor con esa petición que ha hecho.

MAESE JACQUES. Se equivoca, sin duda.

CLEANTE. ¿No es vergonzoso, a su edad, pensar en casarse? ¿Le es adecuado sentirse enamorado? ¿No debería dejar eso a la gente joven?

MAESE JACQUES. Tenéis razón. Pero se está burlando. Dejadme decirle dos palabras. (*Vuelve con Harpagón*) Y, bien, vuestro hijo no es tan extraño como decís, y se aviene a razones. Dice que sabe el respeto que os debe, que se ha dejado llevar por el acaloramiento y que dejará de oponerse y se someterá a lo que a vos plazca, con tal de que le tratéis mejor de lo que lo hacéis y de que le deis cualquier persona en matrimonio, con lo que estará contento.

HARPAGÓN. ¡Ah! Dile, maese Jacques, que de ese modo él podrá esperar todo de mí; y que, menos a Mariana, le dejo la libertad de escoger a quien quiera.

MAESE JACQUES. Dejadme hacer. (*Junto a Cleante*) Bien, vuestro padre no es tan poco razonable como pensáis; me ha dicho que son vuestros arrebatos los que le encolerizaron; que solo quiere seguiros en lo que deseáis, con tal de que lo pidáis con delicadeza y guardando las deferencias, los respetos y la sumisión que un hijo debe a su padre.

CLEANTE. Podéis asegurarle que, si me concede a Mariana, me verá siempre el más sumiso de todos los hombres; y que jamás haré nada que no sea de su gusto.

MAESE JACQUES. (*Con Harpagón*) Hecho. Está de acuerdo en lo que decís.

HARPAGÓN. Esto marcha de la mejor manera.

MAESE JACQUES. (*A Cleante*) Todo ha terminado. Le satisfacen vuestras promesas.

CLEANTE. ¡Loado sea el Cielo!

MAESE JACQUES. Señores, no tenéis más que ponerlos a hablar. Estáis ahora de acuerdo. Reñíais por no saber entenderos.

CLEANTE. Mi pobre maese Jacques, os lo agradeceré toda la vida.

MAESE JACQUES. No hay de qué, señor.

HARPAGÓN. Me has agradado, maese Jacques, y eso merece una recompensa. (*Harpagón se mete una mano en un bolsillo. Maese Jacques espera una moneda, pero Harpagón solo saca el pañuelo*) Vete, lo tendré en cuenta, te lo aseguro.

MAESE JACQUES. Beso su mano.

Escena V

Harpagón y Cleante

CLEANTE. Os pido perdón, padre mío, por el furor que me entró.

HARPAGÓN. No es nada.

CLEANTE. Os aseguro que lo siento muchísimo.

HARPAGÓN. Tengo toda la alegría del mundo al verte tan razonable.

CLEANTE. ¡Qué bondad la vuestra al olvidar tan pronto mi falta!

HARPAGÓN. Se olvidan fácilmente las faltas de los hijos cuando estos vuelven a sus deberes.

CLEANTE. ¿No guardáis resentimiento alguno por mis extravagancias?

HARPAGÓN. Me obligáis a ello por la sumisión y el respeto que me muestras.

CLEANTE. Os prometo, padre mío, que hasta la tumba conservaré en mi corazón el recuerdo de vuestras bondades.

HARPAGÓN. Y yo te prometo que no habrá nada que no consigas de mí.

CLEANTE. ¡Ah, padre mío! No os pido nada más; es mucho darme haberme dado a Mariana.

HARPAGÓN. ¿Cómo?

CLEANTE. Vos, padre mío.

HARPAGÓN. ¿Yo?

CLEANTE. Sin duda.

HARPAGÓN. ¿Cómo? Eres tú quien ha prometido renunciar a ella.

CLEANTE. ¿Renunciar yo?

HARPAGÓN. Sí.

CLEANTE. En absoluto.

HARPAGÓN. ¿Sigues pretendiéndola?

CLEANTE. Más que nunca.

HARPAGÓN. ¿Cómo? ¡Bandido! ¿Otra vez?

CLEANTE. Nada me hará cambiar.

HARPAGÓN. ¡Déjame hacer, traidor!

CLEANTE. Haced lo que os plazca.

HARPAGÓN. Te prohíbo verme nunca más.

CLEANTE. Bien está.

HARPAGÓN. Te abandono.

CLEANTE. Abandonadme.

HARPAGÓN. Renuncio a mi hijo.

CLEANTE. Sea.

HARPAGÓN. Te desheredo.

CLEANTE. Lo que queráis.

HARPAGÓN. Y te maldigo.

CLEANTE. No sé qué hacer con vuestros regalos.

Escena VI

La Flèche y Cleante

LA FLÈCHE. (*Saliendo del jardín con una arqueta*) Señor, ¡qué a propósito! Seguidme.

CLEANTE. ¿Qué ocurre?

LA FLÈCHE. Seguidme, os digo. Buenas noticias.

CLEANTE. ¿Cómo?

LA FLÈCHE. Aquí está vuestro asunto.

CLEANTE. ¿Qué?

LA FLÈCHE. Todo el día he estado mirando esto.

CLEANTE. ¿Y qué es?

LA FLÈCHE. El tesoro de vuestro padre. Lo he birlado.

CLEANTE. ¿Cómo lo has hecho?

LA FLÈCHE. Lo sabréis enseguida, pero huyamos. Lo oigo gritar.

Escena VII

Harpagón

HARPAGÓN. (*Viene gritando desde el jardín, sin sombrero*) ¡Al ladrón, al ladrón, al asesino, al criminal! ¡Justicia, Cielo, justicia! ¡Estoy perdido, asesinado, me han cortado el cuello, me han robado mi dinero! ¿Quién ha sido, qué ha sido de él, dónde está, dónde se esconde, qué haré para encontrarlo, adónde correr, adónde no correr? ¿No está ahí, no está aquí? ¿Quién es? Párate. ¡Devuélveme mi dinero, bandido! (*Tomándose el brazo a sí mismo*) ¡Ah, soy yo! Mi alma está turbada, ignoro dónde estoy, quién soy, qué hago. ¡Ay, mi pobre dinero, mi pobre dinero, mi querido amigo, me han privado de ti! Y, como me has sido arrebatado, he perdido mi apoyo, mi consuelo, mi alegría, todo lo mío y nada tengo ya que hacer en el mundo. Sin ti es imposible vivir. Todo terminó, no puedo más, estoy muerto, estoy enterrado. ¿No hay nadie que quiera resucitarme devolviéndome mi dinero o diciéndome quién lo ha robado? ¡Eh, qué decís! No hay nadie. Es preciso, sea quien sea el que haya dado el golpe, que con mucho cuidado haya acechado el momento; y ha escogido el rato en el que yo hablaba con el traidor de mi hijo. Salgamos. Voy a buscar Justicia. Y que den tormento a todos los de mi casa: sirvientas, lacayos, a la hija, al hijo, incluso a mí. ¡Cuánta gente! Mire donde mire no veo más que sospechosos, todos me parecen ladrones. ¡Eh! ¿De qué hablan ahí? ¿Del que me ha robado? ¿Qué ruido es ese de arriba? ¿Mi ladrón está ahí? Por favor, si saben algo de mi ladrón suplico que me lo digan. ¿Está escondido entre vosotros? Todos me miran y se ríen. Veréis que sin duda han tomado parte en lo que me han hecho. ¡Vamos, rápido, comisarios, alguaciles, prebostes, jueces, tormentos, horca y verdugos! Quiero colgar a todo el mundo y, si no encuentro mi dinero, yo mismo me ahorcaré después.

ACTO V

Escena I

Harpagón, Comisario y Escribano

COMISARIO. Dejadme hacer, conozco mi oficio, a Dios gracias. No he empezado hoy a descubrir robos. Ya quisiera yo tener tantos sacos de mil francos como personas he hecho colgar.

HARPAGÓN. Todos los magistrados están interesados en este asunto; y si no me hacen recuperar mi dinero, pediré justicia de la Justicia.

COMISARIO. Hay que hacer todas las pesquisas requeridas. ¿Qué decís que había en esa arqueta?

HARPAGÓN. Diez mil escudos bien contados.

COMISARIO. ¿Diez mil escudos?

HARPAGÓN. Diez mil.

COMISARIO. El robo es considerable.

HARPAGÓN. No hay castigo suficiente para la enormidad de este crimen. Si permanece impune, las cosas más sagradas ya no estarán seguras.

COMISARIO. ¿En qué monedas estaban los diez mil escudos?

HARPAGÓN. En buenos luises de oro y en pistolas bien pesadas.

COMISARIO. ¿De quién sospecháis?

HARPAGÓN. De todo el mundo. Quiero que metáis en prisión a la ciudad y a los suburbios.

COMISARIO. Creedme, es preciso no asustar a nadie y tratar con suavidad de conseguir algunas pruebas, para después proceder con rigor en la recuperación de las monedas que os han robado.

Escena II

Maese Jacques, Harpagón, Comisario y Escribano

MAESE JACQUES. *(Al fondo de la escena, volviéndose al lado de donde acaba de salir)* Ahora vuelvo. Que le corten el pescuezo enseguida, que le tuesten los pies, que lo metan en agua hirviendo, y que lo cuelguen del techo.

HARPAGÓN. ¿A quién, al que me ha robado?

MAESE JACQUES. Hablo de un cochinito que vuestro intendente me acaba de enviar y que voy a cocinar con fantasía.

HARPAGÓN. No se trata ahora de eso; aquí está el señor con quien hay que hablar de otras cosas.

COMISARIO. No os asustéis. No soy persona que os afrente. Las cosas irán con tranquilidad.

MAESE JACQUES. ¿El señor está invitado a cena?

COMISARIO. En este asunto, querido amigo, no debéis ocultar nada a vuestro amo.

MAESE JACQUES. A fe mía, señor, que enseñaré todo lo que sé hacer y os trataré lo mejor que me sea posible.

HARPAGÓN. No se trata de eso.

MAESE JACQUES. Si no os puedo dar la buena comida que yo querría es culpa de nuestro intendente, que me ha cortado las alas con las tijeras de su economía.

HARPAGÓN. Traidor, se trata de algo muy distinto a cenar; quiero que me des noticias sobre el dinero que me han robado.

MAESE JACQUES. ¿Os han robado el dinero?

HARPAGÓN. Sí, bribón, y te voy a hacer colgar si no me lo devuelves.

COMISARIO. Por Dios, no le maltratéis. Veo en su cara que es un hombre honrado, y que, sin necesidad de meterlo en prisión, os descubrirá lo que queréis saber. Sí, amigo mío, si nos confesáis el asunto no se os hará ningún mal y seréis recompensado como se debe por vuestro amo. Hoy le han robado su dinero y quizá tengáis alguna noticia de eso.

MAESE JACQUES. *(Aparte)* Esto es lo que necesito para vengarme de nuestro intendente; desde que el entró aquí es el favorito y solo se escuchan sus consejos. Además, aún me duelen los bastonazos que me dio.

HARPAGÓN. ¿Qué rumias?

COMISARIO. Dejadlo. Se prepara para contentaros y os he dicho ya que es un hombre honrado.

MAESE JACQUES. Señor, si queréis que os diga las cosas, creo que es vuestro querido señor intendente el autor del golpe.

HARPAGÓN. ¿Valerio?

MAESE JACQUES. Sí.

HARPAGÓN. ¿Él, que me parecía tan fiel?

MAESE JACQUES. Él mismo. Creo que es él quien os ha robado.

HARPAGÓN. ¿Y por qué lo crees?

MAESE JACQUES. ¿Por qué?

HARPAGÓN. Sí.

MAESE JACQUES. Lo creo... porque lo creo.

COMISARIO. Pero es necesario conocer los indicios que tengáis.

HARPAGÓN. ¿Le has visto rondar por el lugar en el que yo tenía mi dinero?

MAESE JACQUES. Sí, eso es. ¿Dónde teníais el dinero?

HARPAGÓN. En el jardín.

MAESE JACQUES. Exactamente. Le vi rondar por el jardín. ¿Y en qué estaba el dinero?

HARPAGÓN. En una arqueta.

MAESE JACQUES. Precisamente. Lo he visto con una arqueta.

HARPAGÓN. Y esa arqueta, ¿cómo era? Quiero comprobar si es la misma.

MAESE JACQUES. ¿Cómo era?

HARPAGÓN. Sí.

MAESE JACQUES. Era... era como una arqueta.

COMISARIO. Está claro, pero describidla un poco para que veamos...

MAESE JACQUES. Era una arqueta grande.

HARPAGÓN. La que me han robado es pequeña.

MAESE JACQUES. Sí, es pequeña, si se quiere ver así. La llamo grande por lo que contenía.

COMISARIO. ¿De qué color era?

MAESE JACQUES. ¿El color?

COMISARIO. Sí.

MAESE JACQUES. Es de un color... de un cierto color. ¿No podríais ayudarme a hablar?

HARPAGÓN. ¿Eh?

MAESE JACQUES. ¿No era roja?

HARPAGÓN. No, gris.

MAESE JACQUES. Un rojo gris, es lo que quería decir.

HARPAGÓN. No hay duda. Es esa seguramente. Redactad, señor, su testimonio. ¡Cielos! ¿De quién fiarse a partir de ahora? No se puede confiar en nadie. Después de esto soy un hombre capaz de robarse a sí mismo.

MAESE JACQUES. Señor, aquí viene. No le digáis que he sido yo quien ha descubierto todo.

Escena III

Valerio, Harpagón, Comisario, Escribano y Maese Jacques

HARPAGÓN. Acércate, confiesa la acción más negra, el atentado más horrible jamás cometido.

VALERIO. ¿Qué queréis, señor?

HARPAGÓN. ¿Cómo, traidor, no te avergüenzas de tu crimen?

VALERIO. ¿De qué crimen habláis?

HARPAGÓN. ¿De qué crimen hablo, infame? ¡Cómo si no lo supieras! En vano tratas de disimular. El asunto ha sido descubierto y me acaban de contar todo. ¡Abusar así de mi bondad, introducirse expresamente en mi casa para traicionarme y hacerme una faena semejante!

VALERIO. Señor, si se ha descubierto todo, no haré rodeos y no negaré el asunto.

MAESE JACQUES. (*Aparte*) ¿Lo adiviné yo sin saberlo?

VALERIO. Deseaba hablaros de ello y buscaba la mejor ocasión. Pero, si es así, os ruego que no os enojéis y que escuchéis mis razones.

HARPAGÓN. ¿Qué razones puedes darme, ladrón infame?

VALERIO. Señor, no merezco ese nombre. Es cierto que he cometido una ofensa hacia vos, pero, después de todo, mi falta es perdonable.

HARPAGÓN. ¿Cómo perdonable? ¿Una traición, un asesinato de este género...?

VALERIO. Por favor, no entréis en cólera. Cuando me hayáis oído, veréis que el mal no es tan grande como vos lo hacéis.

HARPAGÓN. ¡No tan grande como yo lo hago! ¡Bandido! ¡Es mi sangre, mis entrañas!

VALERIO. Vuestra sangre, señor, no está en malas manos Soy de una condición que no puede perjudicarla y no hay nada en todo esto que yo no pueda reparar.

HARPAGÓN. Esa es mi intención, que me devuelvas lo que me has quitado.

V_{ALERIO}. Vuestro honor, señor, será plenamente satisfecho.

H_{ARPAGÓN}. No es cuestión de honor. Pero, dime, ¿qué te ha llevado a hacerlo?

V_{ALERIO}. ¡Ay! ¿me lo preguntáis vos?

H_{ARPAGÓN}. Sí, te lo pregunto.

V_{ALERIO}. Un dios que tiene excusas para todo: el amor.

H_{ARPAGÓN}. ¿El amor?

V_{ALERIO}. Sí.

H_{ARPAGÓN}. ¡Bello amor, bello amor a mis luises de oro!

V_{ALERIO}. No, señor, no son vuestras riquezas las que me han tentado, no es eso lo que me ha deslumbrado. Os aseguro que no pretendo nada de todos vuestros bienes, con tal que me dejéis con el que ya tengo.

H_{ARPAGÓN}. ¡Por todos los diablos, no lo haré! ¡ved qué insolencia, querer retener lo que ha robado!

V_{ALERIO}. ¿Llamáis a eso un robo?

H_{ARPAGÓN}. ¿Qué si lo llamo un robo? ¡Un tesoro como ese!

V_{ALERIO}. Es cierto, es un tesoro. Sin duda el más precioso que tenéis. Pero, dejándomelo, no lo perderéis. Le pido de rodillas ese tesoro lleno de encanto. Y si queréis obrar bien, debéis concedérmelo.

H_{ARPAGÓN}. Yo no haré nada. ¿Pero de qué habla?

V_{ALERIO}. Nos hemos prometido mutua fidelidad y hemos jurado no separarnos.

H_{ARPAGÓN}. ¡El juramento es admirable y la promesa divertida!

V_{ALERIO}. Sí, nos hemos comprometido de ser el uno para el otro, para siempre.

H_{ARPAGÓN}. Ya os lo impediré, os lo aseguro.

V_{ALERIO}. Solo la muerte puede separarnos.

H_{ARPAGÓN}. ¡Qué manía con mi dinero!

V_{ALERIO}. Os he ya dicho, señor, que no es el interés lo que me ha llevado a hacer lo que he hecho. Mi corazón no ha actuado por los motivos que pensáis, sino por uno más noble.

H_{ARPAGÓN}. Veréis como es por caridad cristiana por la que él quiere tener mi bien; pero le daré su merecido y la Justicia, descarado bandido, me va a dar la razón en todo.

V_{ALERIO}. Empleadla como queráis, que estoy dispuesto a sufrir todas las violencias que gustéis. Pero os ruego que creáis, al menos, que si hay algo de mal me acuséis solo a mí; vuestra hija en todo esto no es para nada culpable.

HARPAGÓN. Así lo creo. Sería muy extraño que mi hija estuviera en esto. Quiero recuperar mi fortuna. Confiesa a qué lugar la has llevado.

VALERIO. ¿Yo? No me la he llevado a ninguna parte, está en vuestra casa.

HARPAGÓN. ¡Oh, mi querida arqueta! ¿No ha salido de mi casa?

VALERIO. No.

HARPAGÓN. Y dime, ¿la has tocado? señor.

VALERIO. ¿Yo tocarla? ¡La ofendéis y a mí también! ¡Es un ardor puro y respetuoso el que siento por ella!

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¡Ardor por mi arqueta!

VALERIO. Preferiría morir antes que dedicarle un pensamiento ofensivo. Es demasiado sabia y honesta para eso.

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¡Mi arqueta demasiado honesta!

VALERIO. Todos mis deseos se limitan a gozar de su vista; nada de criminal ha profanado la pasión que sus bellos ojos me han inspirado.

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¡Los bellos ojos de mi arqueta! Habla de ella como un enamorado de su amada.

VALERIO. Doña Claudia, señor, sabe la verdad de esta aventura y ella os puede dar testimonio.

HARPAGÓN. ¿Qué mi sirvienta es cómplice de este asunto?

VALERIO. Sí, señor. Ella ha sido testigo de nuestro compromiso. Solo después de conocer la honestidad de mi pasión me ha ayudado a persuadir a vuestra hija a darme su palabra y a aceptar la mía.

HARPAGÓN. (*Aparte*) ¿Qué? El miedo a la justicia le hace desvariar. (*A Valerio*) ¿Por qué mezcláis a mi hija en esto?

VALERIO. Digo, señor, que he padecido todas las penas del mundo antes de que su pudor consintiera a lo que mi amor quería.

HARPAGÓN. ¿El pudor de quién?

VALERIO. De vuestra hija. Solo desde ayer se ha resuelto a que firmemos mutuamente una promesa de matrimonio.

HARPAGÓN. ¡Mi hija te ha firmado una promesa de matrimonio!

VALERIO. Sí, señor, como yo he firmado la mía.

HARPAGÓN. ¡Cielos! ¡Otra desgracia!

MAESE JACQUES. (*Al Comisario*) Escribid, señor, escribid.

HARPAGÓN. ¡Agravación del mal! ¡Aún más desesperación! Vamos, señor, cumplid con vuestro oficio e instruidle una querrela como ladrón y como seductor.

VALERIO. ESOS nombres no me corresponden, y cuando se sepa quién soy...

Escena IV

Elisa, Frosina, Harpagón, Valerio, Maese Jacques, Comisario y Escribano

HARPAGÓN. ¡Ah, malvada hija! ¡Indigna de un padre como yo! ¡Así pones en práctica las lecciones que te he dado? ¡Te dejas arrebatarse por el amor de un infame ladrón y le juras fidelidad sin mi consentimiento? Uno y otro quedaréis frustrados. (*A Elisa*) Cuatro buenas paredes me responderán de tu conducta. (*A Valerio*) Y una buena ahorca me dará la razón contra tu osadía.

VALERIO. No será vuestra pasión la que juzgue este asunto; se me escuchará, al menos, antes de condenarme.

HARPAGÓN. Me equivoqué al hablar de horca; os descuartizarán vivo.

ELISA. (*De rodillas ante su padre*) ¡Ah, padre mío! Os ruego, tened sentimientos más humanos y no llevéis las cosas hasta las últimas violencias de la potestad paterna. No os dejéis llevar por los primeros movimientos de vuestra pasión y daos el tiempo de considerad lo que queréis hacer. Tomaos el trabajo de considerar mejor al que pensáis que os ha ofendido. Es totalmente distinto de lo que ven vuestros ojos. Encontraréis menos extraño que yo me haya prometido a él cuando sepáis que, sin él, vos no me tendríais desde hace mucho tiempo. Sí, padre mío, es él quien me salvó de aquel gran peligro que sabéis que corrí en el agua, y al que debéis la vida de esta misma hija, cuyo...

HARPAGÓN. Eso es nada. Más me valdría que dejara que te ahogaras que hacer lo que ha hecho.

ELISA. Padre mío, os lo suplico, por el amor paterno, que me...

HARPAGÓN. No, no quiero oír nada. Que la justicia cumpla con su deber.

MAESE JACQUES. (*Aparte*) Me pagarás los bastonazos.

FROSINA. (*Aparte*) ¡Qué extraña intriga!

Escena V

Anselmo, Harpagón, Elisa, Mariana, Frosina, Valerio, Maese Jacques, Comisario y Escribano

ANSELMO. ¿Qué ocurre, señor Harpagón, que tan emocionado os veo?

HARPAGÓN. ¡Ah, señor Anselmo! Aquí me veis, el más desventurado de todos los hombres. Y hay mucho cambio y desorden en el contrato que veníais a formalizar. Se me asesina en mis bienes, se me asesina en mi honor. He aquí un traidor, un malvado que ha robado los más santos derechos. Se introdujo en mi casa con el título de criado y me ha robado mis bienes y sedujo a mi hija.

VALERIO. ¿Quién piensa en vuestro dinero con el que me hacéis un galimatías?

HARPAGÓN. Sí, se han dado promesa de matrimonio. Esa afrenta os concierne, señor Anselmo. Sois vos quien debéis de tomar partido contra él y utilizar todas las armas de la justicia para vengar su insolencia.

ANSELMO. No deseo que se case a la fuerza, ni solicito nada de un corazón que ya se ha entregado. En cuanto a vuestros intereses los defenderé como si fueran los míos.

HARPAGÓN. Aquí este señor, un honrado comisario, no olvidará nada de lo que me ha dicho sobre las obligaciones de su cargo. Encausadle como es preciso y hacer que las cosas sean muy criminales.

VALERIO. No veo crimen alguno en el amor que siento por vuestra hija, ni entiendo a qué suplicio pueda ser yo condenado por nuestro compromiso, cuando se sepa que soy....

HARPAGÓN. Me río de esos cuentos. El mundo está hoy lleno de esos ladrones de nobleza, de impostores que obtienen ventaja de la oscuridad, y se visten con insolencia con el primer nombre ilustre que se les ocurre.

VALERIO. Sabed que poseo un corazón demasiado digno para adornarme con cosas que no son mías; toda Nápoles puede dar testimonio de mi nacimiento.

ANSELMO. Calma. Mirad bien lo que vais a decir. Arriesgáis más de lo que pensáis; habláis ante un hombre conocido en toda Nápoles y que puede fácilmente discernir en la historia que contéis.

VALERIO. (*Poniéndose el sombrero con gesto altivo*). Soy hombre que no tiene nada que temer. Si sois conocido en Nápoles, sabréis quién era Don Thomas d'Alburey.

ANSELMO. Sin duda. Pocas personas lo conocieron mejor que yo.

HARPAGÓN. No me importan ni don Thomas ni don Martin. (*Ve que están encendidas dos velas y apaga una*).

ANSELMO. Por favor. Dejémosle hablar, y a ver qué dice.

VALERIO. Quiero decir que él fue quien me dio vida.

ANSELMO. ¿Él?

VALERIO. Sí.

ANSELMO. ¡Vamos! Bromeáis. Buscad otra historia que os salga mejor y no pretendáis salvaros con esta impostura.

V_{ALERIO}. Cuidad vuestras palabras. No es una impostura. No digo nada que no esté en condiciones de probar muy fácilmente.

A_{NSELMO}. ¿Osáis decir que sois el hijo de don Thomas d'Alburcy?

V_{ALERIO}. Sí, yo oso. Y estoy pronto a sostener esta verdad contra cualquiera.

A_{NSELMO}. La audacia es maravillosa. Sabed, para vuestra confusión, que hace al menos dieciséis años que el hombre del que habláis, murió en la mar con sus hijos y su mujer al querer salvar sus vidas de las crueles persecuciones que se dieron en las revueltas de Nápoles, que hicieron que se exiliaran muchas nobles familias.

V_{ALERIO}. Sí, pero sabed por mi cuenta, también para vuestra confusión, que su hijo de siete años, con un criado, fue salvado del naufragio por un navío español y que ese hijo salvado es el que os habla. Sabed que el capitán de ese navío, conmovido por mi desgracia, me consagró su amistad, me hizo educar como a sus propios hijos y que, desde que fui capaz, mi oficio han sido las armas; que he sabido hace poco que mi padre no estaba muerto, como siempre lo había creído; que, al pasar por aquí para ir a buscarle, una aventura, sin duda concertada por el Cielo, me hizo conocer a la encantadora Elisa; que, al verla, me volví esclavo de su hermosura; y que la fuerza de mi amor y la dureza de su padre me movieron a introducirme en su casa, enviando a otra persona a buscar a mi padre.

A_{NSELMO}. ¿Pero qué testimonios, aparte de vuestras palabras, nos aseguran de que todo no es una fábula montada sobre algo de verdad?

V_{ALERIO}. El capitán español; un sello de rubíes que era de mi padre; un brazaletes de ágata que mi madre puso en mi brazo; y el viejo Pedro, el criado que se salvó conmigo del naufragio.

M_{ARIANA}. ¡Ah! Puedo responder a vuestras palabras, porque a mí no podéis engañarme. Todo lo que habéis dicho me confirma claramente que sois mi hermano.

V_{ALERIO}. ¿Vos mi hermana?

M_{ARIANA}. Sí, mi corazón se ha conmovido desde el momento en que empezasteis a hablar. Y vuestra madre, a la que vais a cautivar, me ha contado muchas veces las desgracias de nuestra familia. El Cielo no nos hizo perecer tampoco en ese triste naufragio, pero nos salvó la vida con la pérdida de nuestra libertad. A mi madre y a mí, que nos asimos a un resto de nuestro navío, nos recogieron unos corsarios. Después de diez años de esclavitud, una venturosa suerte nos devolvió la libertad. Regresamos a Nápoles, vimos que todos nuestros bienes habían sido vendidos y no tuvimos noticias de nuestro padre. Nos trasladamos a Génova, donde mi madre adquirió unos pobres despojos de una herencia que había sido anulada. Huyendo de la bárbara injusticia de sus parientes, vino aquí, donde ha llevado una vida casi mísera.

A_{NSELMO}. ¡Oh, Cielos, qué grande es tu poder y cómo se ve que tú solo puedes hacer milagros! Abrazadme, hijos míos, y unid vuestras alegrías a las de vuestro padre.

V_{ALERIO}. ¿Sois nuestro padre?

M_{ARIANA}. ¿Sois aquel a quien mi madre ha llorado tanto?

A_{NSELMO}. Sí, hija mía, hijo mío. Soy don Thomas d'Alburcy, que el Cielo salvó de las olas con todo el dinero que llevaba y, durante más de dieciséis años, creyendoos muertos a todos, me disponía ahora a buscar un matrimonio con una dulce y discreta persona, el consuelo de una nueva familia. La poca seguridad que vi que para mi vida traería mi regreso a Nápoles, me ha hecho renunciar a eso para siempre y, habiendo encontrado el medio de vender lo que allí poseía, me he acostumbrado a vivir aquí y, bajo el nombre de Anselmo, he querido alejar de mí todas las desgracias que mi nombre me había acarreado.

H_{ARPAGÓN}. ¿Este es vuestro hijo?

A_{NSELMO}. Sí.

H_{ARPAGÓN}. Entonces, os reclamo que me paguéis los diez mil escudos que me ha robado.

A_{NSELMO}. ¿Él? ¿Os ha robado?

H_{ARPAGÓN}. Él mismo.

V_{ALERIO}. ¿Quién os lo ha dicho?

H_{ARPAGÓN}. Maese Jacques.

V_{ALERIO}. (*A Maese Jacques*) ¿Se lo has dicho tú?

M_{AESE JACQUES}. Como veis, yo nada digo.

H_{ARPAGÓN}. Sí. El señor comisario ha recibido la declaración, por escrito.

V_{ALERIO}. ¿Me creéis capaz de una acción tan cobarde?

H_{ARPAGÓN}. Capaz o no capaz, quiero mi dinero.

Escena VI

Cleante, Valerio, Mariana, Elisa, Frosina, Harpagón, Anselmo, Maese Jacques, La Flèche, Comisario y Escribano

C_{LEANTE}. No os atormentéis más, padre, y no acuséis a nadie. He sabido algo de vuestro asunto y vengo aquí para deciros que, si permitís que yo me case con Mariana, os será devuelto vuestro dinero.

H_{ARPAGÓN}. ¿Dónde está?

C_{LEANTE}. No os aflijáis. Está en un lugar del que respondo y todo depende de mí. Os corresponde decir qué pensáis hacer; podéis escoger entre entregarme a Mariana o perder vuestra arqueta.

HARPAGÓN. ¿No han quitado nada de ella?

CLEANTE. Nada. Ved si deseáis aprobar este matrimonio y unir vuestro consentimiento al de su madre, que le deja la libertad de elegir entre nosotros dos.

MARIANA. (*A Cleante*) Sabed que no basta con ese consentimiento; y que, el Cielo, con el hermano a quien veis, acaba de devolverme a un padre, a quien debéis pedirme.

ANSELMO. El Cielo, hijos míos, no me ha devuelto a vosotros para que me oponga a vuestros deseos. Señor Harpagón, entendéis bien que la elección de una persona joven recaerá en el hijo antes que en el padre. Vamos, no hagáis que os diga lo que no es necesario decir y consintamos los dos en este doble matrimonio.

HARPAGÓN. Antes de eso quiero ver mi arqueta.

CLEANTE. La veréis sana y salva.

HARPAGÓN. No tengo dinero que dar al matrimonio de mis hijos....

ANSELMO. Pues bien, tengo para los dos, no os inquiete eso.

HARPAGÓN. ¿Os comprometéis a los gastos de esos dos matrimonios?

ANSELMO. Sí, me comprometo. ¿Estáis satisfecho?

HARPAGÓN. Sí con la condición de que me paguéis un traje para la ceremonia.

ANSELMO. De acuerdo. Vamos a disfrutar de la alegría que este feliz día nos ha traído.

COMISARIO. ¡Hola, señores, hola! Calma, si os place. ¿Quién me pagará las escrituras?

HARPAGÓN. De nada nos sirven.

COMISARIO. Sí, pero yo no tengo la intención de haberlas hecha por nada.

HARPAGÓN. (*Señalando a Maese Jacques*) En pago, os entrego a este hombre, al que podéis colgar.

MAESE JACQUES. ¿Qué pasa aquí? Me apalean por decir la verdad y me quieren colgar por mentir.

ANSELMO. Señor Harpagón, hay que perdonarle su impostura.

HARPAGÓN. ¿Y pagaréis al comisario?

ANSELMO. Sea. Vamos enseguida, para que vuestra madre participe de nuestra alegría.

HARPAGÓN. Y yo, a ver a mi querida arqueta.

- [1] Hablar a la birreta equivalía a reprender a alguien.
- [2] Una moneda equivalente a once libras.
- [3] Alusión al oficio de san Mateo, cobrador de impuestos. Falsos mateos son los mateos antes de su conversión.
- [4] Eran escenas de vida campestre, del siglo xv, contadas en un lenguaje arcaico.
- [5] Personaje del *Pantagruel*, de Rabelais.
- [6] Gastando lo que aún no tiene.
- [7] Se llamaba fluxión al aflujo de flema y otros corpúsculos en los pulmones, lo que obligaba a toser. Molière, que interpretaba el papel de Harpagón, lo padecía.
- [8] La sentencia aparece en *Retórica a Herennio*, (iv, 38) de Cicerón: *Esse oportet ut vivas, non vivere ut edas*. Plutarco en *Obras Morales*, iv, *Cómo deben los jóvenes leer a los poetas* la atribuye a Sócrates. Y lo mismo Aulio Gelio en *Noches áticas* (xix, 2). Pero se trata de una de esas consideraciones que pueden haber hecho muchos, independientemente, y que después se difunden por imitación.

MOLIÈRE (en realidad, Jean-Baptiste Poquelin, Francia, 1622-1673) es considerado el padre de la Comedia Francesa. Despiadado con los pedantes y mentirosos, buscó hacer reír a la gente honrada encontrando en ello un eficaz modo de corregir las costumbres de su época. Supo exaltar también la juventud, y legar al teatro francés un conjunto de obras que aún perduran.

William
Shakespeare
Hamlet

Essentials

RIALP

Hamlet

Shakespeare, William

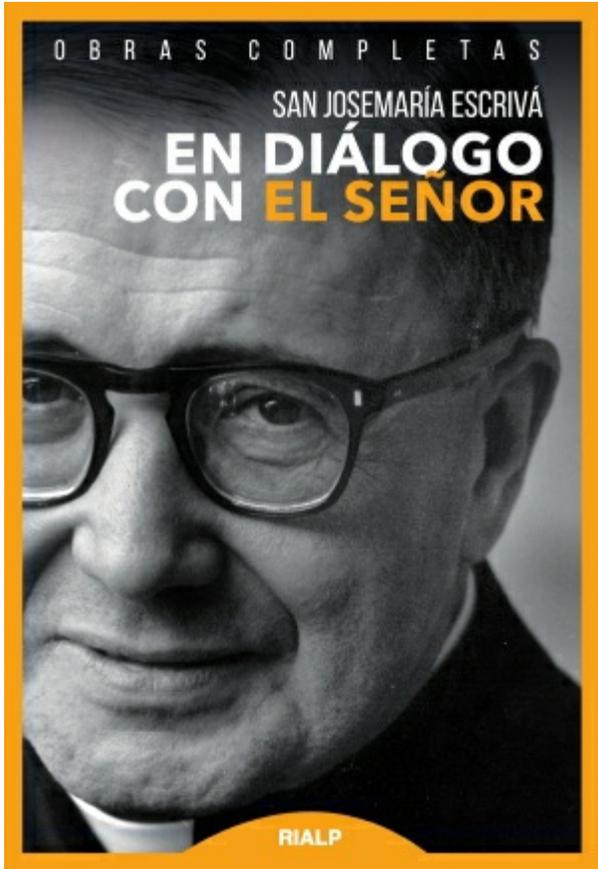
9788432149214

232 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca, es la pieza más larga de Shakespeare, y una de las más influyentes y traducidas de la literatura inglesa. El rey de Dinamarca es asesinado por su hermano Claudio. El fantasma del rey pide entonces venganza a su hijo, el Príncipe Hamlet, por traición, incesto y corrupción moral.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*
Aprender a recibir



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques

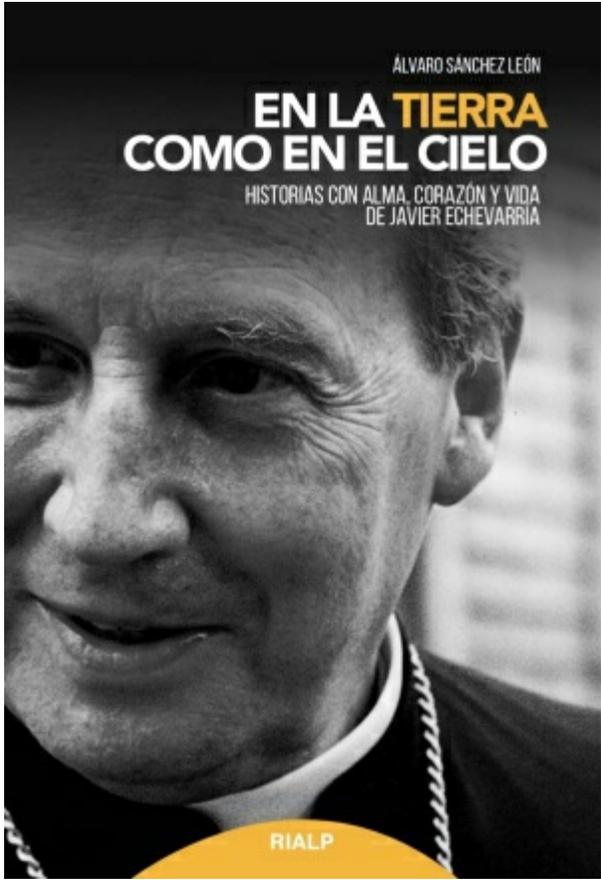
9788432147173

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo. La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente. Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	5
EL AVARO	7
ACTO I	8
ACTO II	23
ACTO III	33
ACTO IV	45
ACTO V	54
AUTOR	66